

ALIANZA DE SANGRE

clark carrados



ALIANZA DE SANGRE



CLARK CARRADOS

ALIANZA DE SANGRE

Col. SERVICIO
SECRETO n.º 771
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 9224 - 1965
Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: mayo 1965

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 1224/65

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
889 - El revólver en la mano.
En Colección SERVICIO SECRETO:
768 - La rata.
En Colección BÚFALO:
582 - Contratado para matar.
En Colección CALIFORNIA:
431 - El comisario de hierro.
En Colección COLORADO:
386 - Pista mortal.
En Colección KANSAS:
330 - Signo $: ¡muerte!
En Colección BRAVO OESTE:
221 - La senda del plomo.
En Colección PUNTO ROJO:
158 - Las arañas.
En Colección SALVAJE TEXAS:
459 - Ciudad ardiente.
En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
136-Alta tensión.
En Colección ARCHIVO SECRETO:
53 - Trampa contra sí mismo.
En Colección ASES DEL OESTE:
310 - Rancho Panteón.

CAPÍTULO PRIMERO

Lo comentó con su secretaria, Molly Flynn, teniendo el periódico en las manos.

—¿Qué te parece, Molly? Veinticinco años escasos contra setenta.

—Y cuatro millones, no lo olvide usted, jefe —dijo la agraciada secretaria.

Sheldon Prye, abogado e investigador privado, se metió el dedo meñique en la oreja y torció la boca.

—Sí, tiene usted razón, Molly. Hay que ver qué poder de nivelación temporal tienen cuatro millones de «pavos».

Apreciaba mucho a Molly y por eso se abstuvo de hacer en su presencia el siguiente comentario, que brotó de sus labios apagadamente apenas se quedó solo:

—Lo que hacen las mujeres por el dinero. Si yo lo fuese, no me casaría con ese vejestorio ni por diez veces su fortuna.

Y como tenía mucho trabajo, dejó a un lado el periódico e inmediatamente se olvidó de las fotografías de los futuros cónyuges, la bellísima señorita Irma Brackett, «una de las más hermosas damitas de nuestra mejor sociedad y el opulento financiero e industrial, Egon Mackenson», según rezaba parte de la reseña en que se anunciaba el fausto acontecimiento.

Días más tarde, el «Triumph» que era el periódico que Sheldon Prye solía adquirir habitualmente, volvió a mencionar nuevamente a la pareja, esta vez para un acontecimiento no tan fausto.

El opulento y etcétera Egon Mackenson había pasado a mejor vida el mismo día de su boda. Según el médico que reconoció el cadáver y emitió el correspondiente certificado de defunción, el fallecimiento se había debido a un colapso cardíaco.

Sheldon Prye sonrió sarcásticamente. A cualquiera, en las condiciones del viejo Mackenson, podía haberle dado un ataque al

corazón. Debió haber visto a Irma en *negligée* y… ¡pum! a ciertas edades, resultan excesivas algunas emociones. «Le puede pasar a un hombre joven como yo, con que a un viejo como Mackenson…».

Después de aquello, volvió a olvidarse de Mackenson y de su hermosa viuda.

Lo menos durante una semana.

Hasta que la propia Irma Mackenson le hizo llamar.

No se podía negar que, en vida, Egon Mackenson había sido hombre de buen gusto. Aun no hallándose delante de su viuda, Sheldon Prye podría haberlo afirmado al ver la severa y, al mismo tiempo, elegante decoración de la mansión en que había residido el millonario fallecido. Parecía un típico *cottage* inglés trasladado a los Estados Unidos, y no faltaban en él ni la chimenea de estilo gótico, ni los pesados muebles de roble labrado, ni las vidrieras emplomadas, ni los cuadros de buenas firmas, con escenas adecuadas a la lujosa residencia.

En cuanto a Irma Mackenson, era el complemento ideal de la decoración. Mientras la joven servía jerez en dos copas de fino cristal tallado y alto pedúnculo, Sheldon la observó a hurtadillas, complaciéndose en admirar la espesa mata de los cabellos castaño dorados y las firmes y esbeltas líneas de su cuerpo, enfundadas en un severo traje de lanilla gris, sin otro adorno que un collar de tres vueltas de perlas que le parecieron auténticas. Salvo el anillo de matrimonio, Irma Mackenson no llevaba ninguna otra joya; incluso sus orejas aparecían desnudas de pendientes.

Le entregó la copa. Prye agradeció con breve gesto. El jerez despedía un aroma exquisito.

—Usted dirá, señora —murmuró, después del primer sorbo.

Irma le indicó un diván cercano. Ella se sentó en una silla contigua, rígida, erecta, con las manos sobre el regazo. Sus ojos grises poseían una capacidad de penetración extraordinaria.

—Le supongo enterado de mi caso por los periódicos —dijo al cabo.

—Así es, señora —admitió el joven.

—Egon no quiso hacer viaje de novios. Dijo que él ya no estaba para viajar mucho. Tampoco quiso fiestas, y la mejor prueba de ello es que, como usted sabe, la boda se celebró en la más estricta

intimidad, ante el juez de paz Horacio Palmer. Salvo los dos testigos, que eran amigos del juez, nadie más asistió a la ceremonia.

—Lo sé, señora. Prosiga.

—Vamos a ser francos, brutalmente francos, señor Prye. —Irma hablaba sin descomponer la voz, reposadamente, como si tratase de asuntos sin importancia—. Yo soy joven y hermosa. Egon era viejo y rico. No fue propiamente un matrimonio, sino una venta. Él compraba algo que yo podía darle. A cambio, yo recibía dinero, muchísimo dinero. ¿Está claro?

—Clarísimo —admitió el joven.

—Quede, por tanto, establecido, que no amaba a mi esposo. Cierto es que tampoco le odiaba, ni muchísimo menos. Le respetaba y le apreciaba, pero éstos son sentimientos muy distintos del verdadero amor, ¿comprende?

—Sí, señora Mackenson.

Sheldon se preguntaba a qué venía aquel exordio, lo cual no le impedía prestar gran atención a las palabras de la joven.

Irma continuó:

—Mi esposo murió aquí, en esta misma sala, poco antes de anochecer. Yo estaba en mi tocador cuando falleció. Me lo encontré en el diván en que usted está sentado, tendido de costado. Su médico personal afirmó rotundamente que falleció de un colapso cardíaco. No hubo más, salvo los inevitables comentarios de la Prensa.

»Por el momento —concluyó Irma—. Después, han surgido complicaciones. —Sonrió amargamente—. Me imagino que siempre las hay cuando se trata de cuatro millones de dólares.

—¿Qué clase de complicaciones? —inquirió Prye.

—Los hermanos de mi difunto esposo, Clavius Mackenson y Dina Bowrie.

—¿Bowrie? —se extrañó Sheldon.

—Sí. Es el apellido de su marido, muerto hace pocos meses.

—¿Y bien?

—Ellos sostienen que fue un asesinato.

—Pero el médico ya emitió su diagnóstico.

—Lo sé. Sin embargo, Clavius y Dina ambicionan el dinero. Ellos no pudieron pasar nunca de una vergonzante mediocridad. Egon se hizo rico y, además, los detestaba. Durante mucho tiempo, fueron

parásitos suyos, hasta que se cansó y, casi sin metáfora, les echó de su casa a patadas. Naturalmente, le odiaban, pero no a su dinero, como puede comprender.

—¿Qué más?

—Después de los funerales, Clavius y Dina vinieron a verme. Me exigieron la mitad de la herencia. De lo contrario, dijeron, podía quedarme sin nada.

—¿Por qué? Usted es la legítima heredera.

—Sostienen la peregrina teoría de que apliqué una almohada a la cara de mi esposo y lo ahogué. Dicen que así se simula un ataque cardíaco a la perfección.

—Deje que hagan la autopsia al cadáver de su esposo. Así cesarán todas las maledicencias.

Los ojos de la viuda brillaron.

—No puedo hacerlo —dijo, con voz súbitamente alterada.

—Explíquese, por favor.

—Cuando se disputa una herencia de importancia, salen muchos trapos sucios a relucir. Los periódicos, además, hablarían. La opinión pública empezaría a tomar partido en contra mía. La Prensa sensacionalista se volcaría contra mí. Se practicarían ciertas investigaciones y saldrían a relucir algunos hechos que, aun no teniendo en absoluto relación con la muerte de mi esposo, me perjudicarían gravemente. Todo esto, como puede comprender fácilmente, me proporcionaría una publicidad nada grata, que estoy dispuesta a evitar a toda costa.

—¿Qué hechos son los que pueden perjudicarla? —preguntó Sheldon.

Irma apretó los labios.

—No estoy dispuesta a contestar a esa pregunta. Ya le he dicho que no tienen relación con la muerte de mi esposo.

—Todo cuanto me diga aquí será confidencial.

—Lo sé. Aun así, prefiero callar. Yo le contrato para otra cosa muy distinta, que para conocer ciertos detalles de mi pasado.

—Muy bien. Siga, señora Mackenson.

Ella se puso en pie. Fue a un secreter cercano y lo abrió. Extrajo de él un papel alargado y volvió junto a Prye, entregándoselo.

El abogado leyó la cifra escrita en el cheque. Silbó.

—Cinco mil dólares —dijo.

—Si realiza su labor con éxito, le esperan otros cinco mil al terminar —afirmó Irma—. Más gastos, naturalmente.

Sheldon la miró con fijeza.

—¿Qué es lo que he de hacer?

—Escuché algunos comentarios a Egon —respondió Irma—. Sus hermanos no son lo que se dice trigo limpio, aunque no hayan tenido hasta ahora ningún encuentro con la Ley. Ellos quieren usar armas desleales contra mí; estoy, pues, en mi derecho al combatirles del mismo modo. Quiero que averigüe usted algún hecho turbio de su pasado, que tengan empeño en ocultar, y que me lo comunique inmediatamente. Con pruebas, por supuesto. Así les haré retroceder y olvidar sus pretensiones de quitarme, por lo menos, la mitad de lo que es mío. —El hermoso pecho de la joven se agitó tempestuosamente—. Sí, señor Prye; esos millones son míos. He luchado mucho por llegar a la riqueza y ahora que lo he conseguido, no voy a renunciar a ella tan fácilmente.

Sheldon reflexionó durante unos segundos. Admiraba por una parte la franqueza de la bella Irma Mackenson, pero, por otra, le disgustaba aceptar el encargo, pese a los copiosos beneficios que podía reportarle. A fin de cuentas, era su labor en su faceta de investigador privado… pero, aun así, había cosas con las cuales su moral no le permitía transigir.

Ella pareció adivinar su lucha.

—Le advierto que el cheque procede de un dinero legítimamente mío. Tenía muy poco cuando me casé con Egon —manifestó—, es cierto, pero nadie puede disputarme su posesión. Está en una cuenta aparte y…

Sheldon rompió el cheque en cuatro trozos y lo depositó sobre un cenicero cercano.

—Lo siento, señora Mackenson. —Y se puso en pie.

Ella se incorporó también, muy indignada.

—¿Por qué rechaza mi proposición? Usted es investigador…

—Sí, pero puedo permitirme el lujo de no aceptar los encargos que no son de mi gusto.

—Usted me cree la asesina de mi esposo.

—En absoluto. Si lo hizo, lo hizo con grandísima habilidad y, me parece, nadie podrá acusarla. Pero cuando un médico como el de cabecera de su marido firmó un certificado de defunción como

consecuencia de un colapso cardíaco, y llevaba asistiéndole treinta años, no creo que haya muchos policías que puedan asegurar que se trata de un crimen. No obstante —prosiguió Sheldon—, ojalá la acusaran solamente de ese delito, porque entonces intervendría en su favor, se lo aseguro. Ahora bien, tratándose de lo que se trata, me repugna, hemos quedado en que hablaríamos claro, ¿no? y, por tanto, me niego a intervenir. En esta ciudad no faltan buenos investigadores que aceptarán llevar a cabo la tarea que usted desea.

Irma le dirigió una oscura mirada.

—Es usted un hombre singular, señor Prye.

Sheldon emitió una brillante sonrisa.

—Algo de eso decía mi pobre madre, señora Mackenson. He tenido tantísimo gusto. Buenos días.

—Buenos días —dijo ella secamente.

CAPÍTULO II

Molly Flynn, la bonita y práctica secretaria, le puso verde por no haber aceptado la misión que le ofrecía la viuda Mackenson. Jack Neare, uno de sus más eficientes colaboradores en la oficina —y ferviente admirador de los encantos de Molly—, le dijo lo mismo, sólo que un poco más suave, ya que era hombre y temía las represalias físicas de su jefe. Pero Sheldon Prye no quiso apearse de su burro y dijo que a él ciertas cosas le revolvían el estómago y que prefería ganar un dólar limpio que cien envueltos en basura.

—Pues es una basura muy hermosa —comentó Molly en tono ofensivo al salir de su despacho, refiriéndose a Irma Mackenson.

El joven no hizo caso de la pulla. Por otra parte, su despacho era más próspero cada día, ya que no sólo atendía a investigaciones de carácter más o menos detectivesco, sino que también realizaba trabajos que estaban más de acuerdo con su condición de abogado. Había intervenido con éxito en un par de juicios bastante sonados y ello le había proporcionado una favorable propaganda, que se reflejaba en el número de clientes que crecía de día en día.

La jornada de trabajo terminó. Los dos pasantes y la mecanógrafa se despidieron. Molly se marchó minutos más tarde.

Sheldon se quedó. Quería terminar de pulir un escrito de alegato en un pleito sobre repartición de bienes, que había de presentar dos días más tarde ante el tribunal primario de apelaciones del Estado. Esperaba que su recurso prosperase; ello le proporcionaría un pingüe beneficio, al par que acrecería su reputación.

El tiempo se le pasó tan velozmente, que cuando se quiso dar cuenta, eran ya cerca de las nueve de la noche. Mirando en torno suyo con aire absorto, se dijo que había llegado ya el momento de suspender la labor. Realmente, lo que quedaba por hacer era muy poco y podía despacharlo al día siguiente en treinta minutos de trabajo.

Enfundó la pluma y sacó un cigarrillo. Aspiró el humo, reclinándose en el sillón, mientras, sin saber por qué, evocaba la imagen de la hermosa Irma Mackenson. Hermosa, sí, se dijo, pero también carente de sentimientos. Para ella, lo único que contaba era el dinero, bien claro lo había dicho. Una mujer así no podía hacer la felicidad de ningún hombre, pese a su aspecto ponderado e incluso recatado. Ahora, naturalmente, tenía que observar cierta compostura, debido al reciente luto.

—Ya veremos —murmuró a media voz—, lo que hará cuando haya pasado un plazo prudente. Entonces se dedicará a divertirse y… Lo malo es que esa clase de mujeres acaban dando con un tipo sin escrúpulos, del que se enamoran como tontas y quién termina despojándolas de su dinero y dejándolas sin un centavo. Me extrañaría mucho que a Irma no le pasase algo por el estilo dentro de pocos años.

De repente, sonó el timbre de llamada. Sheldon se enderezó, mirando instintivamente hacia la puerta.

¿Quién diablos podía ser a tales horas? Ya no esperaba a ningún cliente y, además, de no haber sido por el cigarrillo, incluso podía estar ya fuera del despacho.

Aplastó la colilla contra el cenicero y se puso en pie. Caminó hacia el antedespacho y de aquí pasó al vestíbulo. Abrió la puerta.

Inmediatamente, divisó a dos sujetos de pésima catadura, que le contemplaban con sentimientos poco amistosos.

—Usted es Sheldon Prye —afirmó más que dijo uno de ellos.

—Sí —respondió el joven parcamente.

Eran dos tipos fuertes, robustos, con traza de hampones, que no podían disimular pese a la relativa buena hechura de sus trajes. Uno de ellos apoyó la mano en su pecho y le propinó un empujón que le hizo retroceder dos pasos.

—Adentro —dijo con un gruñido—. Tenemos que hablar.

Sheldon arrugó el entrecejo. La actitud de aquellos dos sujetos no le gustaba en absoluto.

—¿Qué es lo que pretenden ustedes? —inquirió.

El otro cerraba la puerta en aquellos momentos. Se volvió hacia el joven.

—Hoy ha estado visitando a una joven y bella viuda —dijo.

—Sí. ¿Y qué?

—Nada —sonrió el otro tipo—. Sólo que hemos venido aquí para convencerle de lo bueno que le va a resultar para su salud rechazar el encargo que le hizo esa damisela.

Y al mismo tiempo que hablaba, sacó una corta cachiporra de plomo, con la cual empezó a darse significativos golpecitos en la palma de la mano derecha.

Sheldon miró a los dos sujetos. Éstos dieron un paso hacia adelante, tratando de cogerle por los flancos.

Se imaginó lo que le ocurriría si se dejaba sorprender. La paliza le tendría varios días en cama… si no iba a parar al hospital. De pronto, actuando inesperadamente, giró sobre sus talones y se precipitó hacia la habitación inmediata.

—¡Slim, a por él! —Oyó un grito a sus espaldas.

Cerró la puerta, justo en el momento en que los rufianes estaban a punto de alcanzarle. Sonaron unas maldiciones y la puerta trepidó cuando la pareja de matones forcejeó para abrirla a viva fuerza. El piso era a prueba de ruidos y no era probable que los vecinos escuchasen nada, máxime teniendo en cuenta que se trataba de un edificio comercial y que eran muy pocos, aparte de él, los que quedaban en aquellos momentos.

Agarró una silla e hizo girar la llave. La puerta se abrió con tremendo ímpetu.

Uno de los hampones se lanzó hacia adelante con el ímpetu de un toro desmandado. La silla le alcanzó en mitad del cráneo y voló en mil astillas. El rufián se desplomó al suelo, completamente inconsciente.

Pero el otro quedaba en pie y era, precisamente, el que tenía la matraca en la mano. El sujeto cargó contra Sheldon, vomitando mil imprecaciones.

Sheldon alargó el brazo izquierdo y asió la muñeca derecha de su oponente. No intentó golpearle, sabiendo que los puñetazos no le causarían apenas daño, sino que empleó un truco sucio, pero adecuado a las circunstancias. Alargó la otra mano y agarró la nariz, tirando de ella con todas sus fuerzas.

Él matón rugió de dolor. Sheldon apretó más fuerte todavía, retorciendo sin compasión el apéndice nasal de su oponente. Éste acabó por desinteresarse de la cachiporra y concentrar sus esfuerzos en soltar aquellas tenazas que tanto daño le estaban causando en la

nariz.

Sheldon le soltó. Los ojos del rufián, estaban llenos de lágrimas, que le impedían una visión normal. Sheldon aprovechó la ocasión y empezó a patearle las espinillas.

El hampón emitió una serie de rugidos atronadores. Loco de furia, movíase torpemente, buscando asir con sus brazos al joven. Pero había perdido la iniciativa y ésta se hallaba ya en manos de Sheldon.

El joven decidió terminar la lucha. Asestó un terrible puntapié en el muslo a su antagonista, derribándole al suelo, con un brutal aullido de dolor. Había cerca de él restos de la silla y agarró uno de los palos. Sonó un «*crack*» seco y los movimientos del granuja cesaron por unos instantes.

Se inclinó sobre los sujetos y les registró, desposeyéndoles de sendas pistolas, que pasaron a su poder. Luego, arreglándose los pequeños desperfectos que había sufrido en la indumentaria, se sentó en una silla, con una de las pistolas en su mano, y esperó.

Los matones despertaron pocos minutos más tarde. Su sorpresa fue mayúscula al verse encañonados por el hombre a quien habían esperado apalear con tanta facilidad.

Prye movió el arma.

—Caminen hacia la puerta y no vuelvan más por aquí —ordenó perentoriamente—. Si vuelvo a verles sus sucias caras por mi oficina, tiraré a matar desde un principio. ¿Está claro?

Impotentes para resistirse, los rufianes abandonaron el campo. Sheldon cerró la puerta con llave y volvió a su despacho.

Sacó la guía telefónica y buscó un número, que discó a poco en el aparato. Esperó.

Sonó una voz hombruna:

—Casa del señor Mackenson.

—Yo diría que he llamado a casa de la señora Mackenson —corrigió el joven con zumba.

—Perdón, señor; la costumbre… ¿Qué desea usted, caballero?

—Me llamo Prye. Haga el favor de ponerme con la señora; es urgente.

—Un momento, señor, por favor.

La voz de Irma sonó a poco con trémolos ansiosos.

—¿Prye?

—El mismo, señora Mackenson.

—¿Ha cambiado de opinión respecto a… a la conversación que sostuvimos esta mañana?

—No. Sigo pensando lo mismo.

—¿Entonces…? —dijo ella, desconcertada.

—Verá; hace poco vinieron dos matones a mi despacho, tratando de convencerme de que no trabajase para usted. Afortunadamente, eché mano de mis recuerdos de atleta en mis tiempos universitarios, y también recordé las películas de la televisión, en donde el héroe domina con facilidad a su adversario. Me imaginé que estaba actuando ante las cámaras y, claro, así pude derrotarles fácilmente.

—Pero no entiendo por qué me cuenta todo eso —declaró la joven—. ¿Qué tengo yo que ver con esos rufianes que le han atacado?

—Le diré, señora Mackenson. Usted es tan astuta como hermosa… y hermosa lo es un rato. Usted ha pensado que si enviaba a dos hampones, contratados por cincuenta dólares cada uno, los cuales debían «convencerme» —subrayó la palabra—, para que no aceptase su encargo, yo, por reacción, por testarudez y porque se trataba de una bella y desvalida viuda, reaccionaría a favor de ella, es decir, de usted. Pero se ha equivocado, porque el tiro le ha salido por la culata. Sigo sin querer aceptar su encargo. Eso es todo.

—¡Espere! —gritó ella.

Pero Sheldon ya no la escuchó. Colgó el aparato y se puso en pie.

—Es hora de cenar, qué diablos —masculló entre dientes.

CAPÍTULO III

Transcurrieron cuatro días. Sheldon Prye empezaba a olvidar ya el incidente e incluso a Irma Mackenson. El trabajo de su bufete le absorbía el tiempo casi por completo y apenas si tenía tiempo de pensar en nada más que en los naturales problemas que se le planteaban a diario en el despacho.

Cinco días después del encuentro con los rufianes, los cuales no habían dado más señales de vida, Molly Flynn le pasó una llamada telefónica.

—Estrictamente personal, jefe —dijo a través del interfono.

Prye levantó el auricular.

—Sheldon Prye, abogado —se anunció.

La voz que oyó a continuación le hizo, metafóricamente, atiesar las orejas. Era difícil de olvidar, habiéndola escuchado una vez.

—Celebro que haya mencionado su profesión, señor Prye —dijo la joven—. Soy Irma Mackenson.

—Encantado de escucharla —contestó el joven.

—No mienta —respondió ella—. Me disgustan los mentirosos.

—Bueno, a su gusto. ¿Puedo servirla en algo?

—Sí, ciertamente. Como abogado. Supongo que no tendrá inconveniente en que yo contrate sus servicios.

Prye se mordió los labios.

—Siempre que se trate de algo que no esté reñido con la moral —manifestó.

—Es difícil calificar el acto por el cual me va a representar usted ante los tribunales —dijo Irma—. Por supuesto, de moral no tiene nada, considerando que se trata de un homicidio.

Sheldon respingó.

—Usted está de broma, señora —gruñó.

—No se puede bromear cuando se está en presencia del cadáver y éste tiene un cuchillo clavado en el pecho. —La voz de Irma

seguía siendo firme y reposada—. Si no me cree, venga a verlo en el acto; le pagaré las molestias.

—Un momento, por favor. ¿Dice usted que se trata de un asesinato? —Prye empezó a pensar que tal vez Irma hablaba en serio.

—Sí. Irving Latimer, mi mayordomo.

Sheldon soltó una risita.

—¡Je! Ocurre al contrario de todas las novelas policíacas. El mayordomo es siempre el culpable, pero nunca la víctima.

—Por favor, señor Prye —dijo ella secamente—. No se trata de ninguna broma. Latimer ha sido asesinado y temo que me culpen a mí de su muerte. Es por eso que le llamo para que atienda a mi defensa ante los tribunales. Supongo que eso no estará en contradicción con sus opiniones personales, ¿no es cierto?

Sheldon se mordió los labios.

—Está bien —dijo—. No toque nada, por favor. Pero si se trata de una jugarreta como la del otro día…

Ella le interrumpió bruscamente.

—Señor Prye, podrá creerme o no, pero le juro que yo no tuve la menor intervención en lo que le sucedió en su despacho aquella noche —declaró Irma en tono rotundo.

—Mejor así —aprobó él—. Estaré en su casa dentro de veinte minutos.

Colgó el teléfono y reflexionó unos instantes. Posiblemente, Irma decía la verdad. Pero, en tal caso… ¿quién y por qué había asesinado al mayordomo?

Lo mejor de todo, para salir de dudas, era hablar con la propia Irma. Se puso en pie, tomó el sombrero y abandonó el despacho.

En la oficina contigua, Molly Flynn le miró inquisitivamente.

—¿Qué dice la viuda, jefe?

—Algo muy extraño. ¿Usted ha visto películas policíacas?

—Sí, muchas.

—Y el mayordomo es siempre el culpable o, por lo menos, el principal sospechoso.

—Claro, sino, no tendría gracia el argumento… ¿A quién ha liquidado el mayordomo de la señora Mackenson?

—No ha liquidado; lo «han» liquidado —contestó el joven. Y salió, dejando a la bonita secretaria con una boca de a palmo.

La mansión se alzaba sobre una pequeña eminencia, cubierta de árboles, en las afueras de la ciudad. Era una hermosa casa y un hermoso paisaje. La dueña también era muy hermosa, pero ahora necesitaba ayuda, porque se había cometido un crimen.

Irma en persona salió a abrirle. Ahora vestía un sencillo *pullover* de color café, que modelaba armoniosamente las firmes líneas del busto, y una falda de un tono más oscuro, pero conjuntado con el anterior. No llevaba maquillaje en absoluto, ni siquiera en los labios, salvo unos ligeros retoques de lápiz oscuro en los ojos. Los cabellos aparecían cuidadosamente peinados, sin que uno solo estuviera fuera de su sitio, y sus pies aparecían calzados con unos finos zapatitos negros, escotados, de tacón alto.

A Prye le extrañó que ella en persona saliese a recibirle.

—¿Está sola en la casa? —preguntó.

—No. Están Jenny, la cocinera, y Marian, la doncella que se encarga de las faenas de la limpieza. Marian se casó hace unos meses y duerme fuera. Viene aquí sólo durante el día; es un trato que estableció mi difunto esposo con ella y yo he creído prudente respetarlo.

—¿Saben ellas que el mayordomo ha muerto?

—No. Todavía no les he dicho nada.

Prye consultó su reloj.

—Son las nueve y media de la mañana —dijo—. Es extraño que esas dos mujeres no se hayan dado cuenta de la ausencia de Latimer, máxime si se piensa que un mayordomo debe ser madrugador.

—Bueno —confesó la joven—, la verdad es que les he dicho que Latimer se sentía indispuesto y que permanecería hoy todo el día en la cama.

Prye torció el gesto.

—Esa declaración puede serle perjudicial más tarde. ¿Cómo ha descubierto usted el crimen?

—La casa tiene varios teléfonos, de una red interior. Esta mañana, al despertarme, llamé a Latimer, para pedirle los periódicos del día. Latimer no contestó, cosa que me extrañó. Subí a su dormitorio y…

—Está bien —asintió Prye—. Condúzcame al lugar del crimen, por favor.

Irma le dirigió una mirada ansiosa.

—Me defenderá usted, ¿no es cierto?

—¿Mató usted a Latimer?

—¡No, por Dios! ¡Lo juro! —protestó ella, con singular vehemencia.

—Bien, no me comprometo todavía a nada, aunque me parece que sí, que la representaré a usted. Vamos a ver a la víctima.

Ella le guió por la escalinata que conducía a las habitaciones del primer piso y que daba a un amplio corredor, terminado en otra escalera más angosta. Esta conducía al ático, en donde se hallaban las habitaciones de la servidumbre.

Irma se detuvo ante una puerta y alargó la mano para asir el pomo.

Sheldon contuvo su gesto.

—Las huellas digitales —advirtió.

Irma sonrió tristemente.

—Es inútil. Ya las dejé impresas esta mañana, cuando descubrí el asesinato.

—Muy bien. Entonces, adelante.

Irma abrió la puerta. Vaciló unos segundos y Sheldon, advirtiendo su indecisión, franqueó el umbral.

Dio unos pasos, deteniéndose a los pies de la cama. En vida, Irving Latimer había sido un sujeto seco y estirado, de singular estatura. Ahora aparecía como dormido, con un puñal clavado en su pecho hasta el mango. La falta de contorsión en sus facciones indicó al joven que el asesinato había sido cometido durante el sueño del mayordomo, y que éste había muerto instantáneamente, sin tener tiempo de enterarse siquiera de lo que le sucedía.

El golpe había sido asestado certeramente, con precisión anatómica. Era obvio que quién había descargado la puñalada fatal, conocía bien la región precordial y su mano no había temblado en el momento de actuar mortíferamente.

De pronto, se volvió hacia la joven, quien permanecía bajo el dintel de la puerta.

—El arma homicida parece una plegadera.

—Lo es —confirmó ella—. Mía, además. Tengo un pequeño despacho particular y el asesino debió tomarla de allí, para comprometerme más todavía. Estoy segura de que usó guantes y

que, por tanto, las únicas huellas que deben existir son las mías.

Prye se mordió los labios.

—Un feo asunto, señora —comentó—. Si verdaderamente no ha sido usted, vamos a tener que luchar Como demonios, y perdone la expresión, por demostrar su inocencia.

Sorprendentemente, Irma pareció sentirse aliviada al escuchar aquellas palabras.

—Entonces, ¿tomará mi defensa a su cargo?

—Claro —contestó él, de mal humor. En buena ética, no podía negarse a un requerimiento semejante, ni aun cuando la hubiese visto cometer el asesinato—. Pero si no lo ha hecho usted, ¿quién ha podido hacerlo, entonces?

—Alguien, pagado por los hermanos de mi difunto esposo —respondió Irma.

Prye la miró de soslayo.

—¿Es posible —preguntó—, que un asesino haya podido penetrar en esta casa, sin que nadie advierta su presencia? La puerta estaría cerrada, presumo.

—Tenga en cuenta que sólo residíamos en ella tres personas: Latimer, la cocinera y yo. Jenny duerme en este mismo piso, pero en el lado opuesto. Y mi dormitorio está situado en el piso inferior. La casa es grande, usted mismo puede verlo por sí mismo.

Prye movió la cabeza, mientras miraba en torno suyo. De pronto, reparó en la ventana, que aparecía entreabierta, aunque sólo con una rendija apenas perceptible.

—¿Ha tocado usted algo de la habitación? —inquirió.

—No, en absoluto.

Prye se acercó a la ventana.

—No parece usted muy impresionada por la muerte de Latimer —comentó.

—Mis gritos y lágrimas no servirían para resucitarle —repuso Irma—. Además, también tengo mis preocupaciones… Estoy segura de que seré acusada de su muerte.

—¿Por qué? —preguntó él, sin mirarla, mientras examinaba la ventana con toda atención.

—¿Es que no lo comprende? Los hermanos de Egon dirán que Latimer sabía que yo maté a mi marido y que, para evitar que me delatase, tuve que asesinarle a él también.

CAPÍTULO IV

Había muy pocas personas en la sala. Entre ellas estaban Irma y la matrona policial que la custodiaba, después de ser arrestada, acusada de homicidio; Sheldon Prye, como abogado de Irma, y Molly Flynn, en su calidad de secretaria de Prye.

Había otras personas también, aparte del ujier que guardaba la puerta. Una de ellas era Vernon Farrell, abogado de los hermanos del difunto Egon Mackenson, los cuales se hallaban asimismo presentes.

Irma le había explicado alguna de las particularidades de sus cuñados. Egon había sido el mayor y, durante casi veinte años, sus padres no habían tenido otro hijo, hasta que, casi de repente, Clavius y Dina habían nacido con un año apenas de intervalo, cuando ya no creían que iban a tener otros hijos. Esto aclaraba la extrañeza que sentía cuando se comparaba las diferencias de edades entre el muerto y sus dos hermanos.

Clavius Mackenson era un sujeto de unos cincuenta y dos años, gordo, de mirada huidiza pero hostil al mismo tiempo, y manos que debía secarse continuamente, debido a la abundante transpiración. Era soltero.

Dina Bowrie, su otra hermana, estaba al lado de Clavius. Era una mujer alta, delgada, huesuda, de ojos como bolitas de acero y expresión penetrante y zorruna. A Prye le dio la sensación de que había nacido ya con aquella antipática figura.

Le extrañaba que alguien se hubiese casado con ella y, más aún, que hubiese tenido un hijo, como el que se sentaba en un banco inmediatamente posterior. James Bowrie era un joven de unos veintisiete años, alto, fornido, de expresión cínica y mirada desafiadora. Vestía elegantemente, incluso con afectación, y se inclinaba con frecuencia hacia una pelirroja de líneas sensuales y ojos atrevidos, que reía continuamente sus gracias.

Aun hallándose en un lugar tan severo como un tribunal de justicia, Delia Havers, la prometida de James, según se había informado el joven, vestía con suma desenvoltura y el escote de su ajustadísimo traje era tan generoso como escatimada la falda que permitía ver bastante más arriba de sus rodillas, sin que a ella pareciese importarle demasiado la pródiga exhibición de sus gracias corporales.

El secretario entró, precediendo al juez Monktown. Se pronunciaron las frases de ritual y la audiencia quedó abierta.

—El defensor de la acusada expondrá sus alegatos para la concesión de la libertad bajo fianza —dijo el juez.

Prye se puso en pie.

—Señoría, es cierto que Irving Latimer apareció apuñalado con una plegadera que perteneció a mi cliente, y en la cual, inútil sería negarlo, aparecieron también sus huellas dactilares. Pero hay varias razones en las que me fundo para solicitar su libertad bajo fianza. Una de ellas, es que el que el arma homicida perteneciese a la procesada, no significa que ella fuese la autora del crimen. La otra es que nadie la vio cometer el delito; no existen, por tanto, testigos que puedan inculparla directamente. Y la tercera y última razón es que, con la ayuda de Dios, espero probar que mi cliente es víctima de una conspiración urdida con ánimo de privarle de una herencia, a la que tiene legítimo derecho, como viuda de su anterior poseedor, Egon Mackenson, fallecido hace dos semanas, a consecuencia de un colapso cardíaco.

El juez Monktown escuchó atentamente las razones del joven. Luego dijo:

—Se me ha informado que hay oposición a la concesión de esa libertad bajo fianza. Que hable quien tenga que alegar algo en contra.

Vernon Farrell se puso en pie.

—Señoría, soy el abogado de los señores Clavius Mackenson y Dina Bowrie, hermanos del difunto Egon Mackenson. Mis clientes se oponen a la libertad de la viuda de su hermano, fundándose en dos razones: una de ellas, es que sospechan vivamente que la viuda mató a su hermano…

—¡Protesto! —exclamó Sheldon con energía—. Un alegato no puede basarse en sospechas, sino en pruebas concluyentes.

—Admitida la protesta —resolvió Monktown—. Continúe usted, señor Farrell.

—Solicitaré del tribunal autorización para exhumar el cadáver de Egon Mackenson —dijo el otro abogado—, y que se le practique una autopsia exhaustiva, a fin de determinar con toda claridad las causas de su muerte. Eso probará que hubo homicidio voluntario por parte de la señora Mackenson en la persona de su esposo. Por tanto, solicito la suspensión de la concesión de la libertad bajo fianza, hasta que se haya llevado a cabo dicho trámite legal.

Sheldon se puso nuevamente en pie.

—Estoy completamente de acuerdo con el abogado de la parte contraria. En efecto, que se practique la autopsia a los restos de Egon Mackenson. Pero antes me permitiré hacer saber a ese honorable tribunal que el certificado de defunción fue expedido por el doctor Jarvis, médico de cabecera del difunto esposo de mi defendida, quien llevaba atendiendo al señor Mackenson por más de treinta años. El doctor Jarvis —añadió Prye— está aquí afuera, esperando la venia de Su Señoría para declarar en ese sentido.

Monktown miró a Farrell.

—¿Alguna objeción, señor abogado?

De mala gana, Farrell contestó:

—Ninguna, Señoría.

—Ujier —dijo el juez—, que pase el doctor Jarvis.

El médico entró. Su declaración fue breve y concisa.

—Egon Mackenson sufría ya de cierta debilidad cardíaca desde hacía algunos años. Cuando murió contaba ya setenta años, una edad bastante avanzada; había trabajado intensamente y yo le estaba medicando para tratar su dolencia, recomendándole se abstuviese de las emociones demasiado fuertes. Señoría —concluyó el galeno—, llevo cuarenta años de práctica de la Medicina y estoy dispuesto a apostar mi reputación en una autopsia como la que se solicita en este tribunal.

El juez asintió.

—Sus declaraciones me han convencido, doctor —manifestó—. Pero, en su opinión, ¿qué fuerte emoción pudo paralizar el corazón del señor Mackenson?

Jarvis titubeó. Miró de reojo a la acusada.

—Bien… Egon, yo le llamaba así, debido a la confianza que

existía entre ambos, se había casado aquel mismo día y… y…

Irma enrojeció violentamente. El juez tuvo que taparse la boca con una mano para evitar que se le viera sonreír.

Hubo alguien, sin embargo, que rió con fuerza. Prye miró a la exuberante pelirroja, quien no había podido contener una carcajada al escuchar las últimas palabras del médico. James Bowrie le pegó un fuerte codazo en el costado y la joven ceso de reír inmediatamente. Los rostros de Clavius y Dina, por el contrario, parecían más fúnebres que nunca.

—Señoría —dijo Farrell de pronto—, no niego que el señor Mackenson falleciera de un colapso cardíaco, pero ese colapso pudo muy bien haber sido provocado. Todos sabemos lo fácil que es colocar una almohada sobre la cara de una persona y…

—Señor abogado —dijo el juez severamente—, estamos aquí para juzgar sobre hechos y no sobre suposiciones. Por otra parte, tampoco estamos viendo la culpabilidad o inocencia de la señora Mackenson en la muerte de su esposo, sino en la del mayordomo Irving Latimer. Miró a Sheldon. —Existen indicios racionales de culpabilidad, pero también es cierto que faltan pruebas concretas de dicha culpabilidad. En caso de que se conceda la libertad bajo fianza, ¿qué garantías serían aportadas para responder de esa fianza, señor Prye?

—Señoría, mi cliente es heredera de una fortuna valorada en cuatro millones de dólares. Tiene bienes suficientes, por tanto, para atender al depósito de cualquier fianza que ese tribunal tenga a bien señalar.

—Es bastante… —empezó a decir Monktown.

Pero Farrell le interrumpió en aquel instante:

—Señor juez.

Monktown miró al otro abogado casi con ira.

—¿Qué desea alegar ahora, señor Farrell?

—Debo hacer significar a Su Señoría que mis clientes piensan impugnar la herencia de la señora Mackenson, basándose precisamente en lo que ya dijimos antes: que sospechan sea ella la autora de la muerte de su esposo. Si esto se demostrase, ella no podría disponer de un solo centavo de la fortuna de Egon Mackenson; la Ley dice que el asesino no puede beneficiarse con los bienes y posesiones de su víctima.

—No necesito que se me refresquen los conocimientos de la Ley —dijo Monktown, secamente—. Pero continuamente estamos olvidando que aquí hemos venido a discutir y prejuzgar, no a juzgar aún, sobre la muerte de Irving Latimer, de quién es obvio que la acusada no ha heredado en modo alguno. Por lo tanto, esa impugnación carece de sentido ante este tribunal y, en todo caso, deberá ser presentada ante un tribunal civil. Si dicho tribunal civil admitiera la impugnación y decretase un bloqueo de los bienes del difunto Egon Mackenson, entonces cesaría la actuación de la fianza y la acusada debería ingresar en prisión inmediatamente. —Miró a Sheldon—. El abogado de la acusada deberá disponer toda la documentación, a fin de que dicha libertad bajo fianza pueda cumplimentarse inmediatamente.

Monktown hizo una corta pausa. Todavía había otro asistente a la diligencia.

—Mientras tanto, el teniente de policía Robinson, quien está encargado del caso, practicará activamente todas las gestiones tendentes a demostrar la culpabilidad de la señora Mackenson o, en su defecto, a hallar al verdadero autor del hecho. Eso es todo. ¡La vista ha terminado!

—En pie —ordenó el secretario.

Sheldon respiró aliviado. Farrell y sus clientes salieron bufando de la sala. Los únicos que parecían no preocuparse demasiado eran James Bowrie y su exhibicionista prometida, quienes salieron estrechamente unidos, comiéndose con los ojos, sin reparar apenas en los que les contemplaban.

Prye empezó a meter los papeles en la cartera. La matrona policial tocó a Irma en el brazo.

—Un momento, por favor —rogó el joven.

La funcionaria se apartó unos pasos. Sheldon, Irma y Molly quedaron a solas.

—Hemos ganado el primer asalto —dijo Prye—. Pero no debemos hacernos ilusiones. La lucha será dura; pelearemos, no sólo contra los hermanos de su esposo, sino contra la opinión pública. Usted me dijo en cierta ocasión que le gustaban las cosas claras, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Irma inexpresivamente.

—Pues bien, voy a serlo —declaró el joven—. La gente no mira

nunca con muchas simpatías a las mujeres jóvenes y hermosas que se casan con los viejos ricos. Usted misma ha admitido que se casó con Mackenson sólo por el dinero…

—¡Pero no le maté; su muerte fue natural! —protestó Irma con gran vehemencia.

—Como abogado, debo creerla —respondió Prye—. Pero también estoy en el deber de advertirla que lucharemos a la vez en dos frentes: sus cuñados y la opinión pública. Los ecos de la muerte de su esposo podrían haberse ido apagando con el tiempo; pero el mayordomo ha muerto apuñalado y ésta no es una muerte natural. Usted misma dijo que lo habían asesinado, sólo para inculparla a usted y hacer que todos pensaran que lo había matado para eliminar un posible testigo.

—Es cierto —admitió Irma.

—¿No se le ocurre quién puede ser el asesino?

—Está relacionado con los hermanos de Egon; es todo cuanto puedo decirle.

—Muy bien. Investigaremos por ese lado, pero ya le advierto que no será fácil.

—Necesitará dinero —dijo Irma—. Yo tengo, ya se lo declaré, una pequeña cantidad que es mía y que no puede ser impugnada por Dina y Clavius.

—Bien, ya le pediré cuando me haga falta. Mientras tanto, vuelva a su celda; esta tarde iré a sacarla con la orden de libertad.

Irma se marchó, acompañada de la funcionaría. Sheldon y Molly quedaron unos momentos en la sala del tribunal.

—Molly, necesito de su opinión. Femenina, no secretarial —pidió él.

—Es difícil dar una respuesta concreta —murmuró Molly, muy pensativa—. La franqueza de Irma es muy de alabar y si estaba enterada que su esposo padecía del corazón, entonces, no tenía sentido acelerar su muerte, sabiendo que de esta forma podía perderlo todo. A menos, claro está —añadió maliciosamente—, que existiese un motivo poderoso para liquidar al viejo.

—¿Qué motivo, Molly?

—Un hombre joven y guapo, tal vez.

Entonces, Prye recordó ciertas frases que había oído de labios de Irma el primer día en que se conocieron. Irma no quería que se

supieran determinados datos de su pasado.

—Es posible que haya dado usted en el clavo —admitió pensativamente. Tras algunos segundos de duda, añadió—: Vea a Jack Neare y dígale que investigue exhaustivamente en este sentido. Que llegue, si es preciso, hasta la primera amigdalitis de nuestra cliente.

—Bien, jefe.

—O'Moyne y Stinnes se dedicarán a investigar todos los puntos flacos de la familia de Irma: su cuñado Clavius, Dina Bowrie y el hijo de ésta. Irma dijo que quería conocer cualquier trapo sucio del trío para sacarlo a relucir y paralizar sus propósitos de disputarle la herencia. No lo hubiera hecho; es un procedimiento que me repugna, pero es nuestra cliente en un caso de homicidio y cualquier detalle puede tener una importancia capital.

—Entendido. —Sonriendo, Molly le preguntó—: ¿Qué sucedería si resultase culpable?

Prye se encogió de hombros.

—Por ahora prefiero pensar como abogado defensor convencido de la inocencia de su cliente —respondió ambiguamente.

CAPÍTULO V

Era ya bastante tarde cuando Irma fue puesta en libertad aquel mismo día. Sheldon Prye la acompañó hasta su domicilio y luego regresó a su casa.

A la mañana siguiente madrugó lo bastante para hallarse a las nueve en el despacho del teniente Robinson, encargado del caso. Robinson era un hombre todavía joven, de unos treinta y ocho años, de carácter amable, lo que no excluía la rectitud en el cumplimiento de sus obligaciones. Prye y el teniente se conocían de antiguo y habíanse relacionado ya anteriormente por motivos profesionales.

—Siéntate, Sheldon —invitó Robinson tras los primeros saludos —. ¿Quieres café?

—No, gracias, Rob —contestó el joven—. Vengo a pedirte un favor.

—Muy bien. Si está en mis manos, cuenta conmigo. ¿De qué se trata?

—Relacionado con mi cliente, como puedes suponerte.

Le explicó todo lo sucedido, desde que ella le llamó por primera vez, hasta el momento en que se enteró de la muerte de Latimer.

—Lo que me interesa es conocer a los tipos que pretendieron amedrentarme, Rob. Entonces creía que se trataba de un truco sicológico por parte de ella, para forzarme a aceptar el encargo rechazado, pero ahora veo que tenía razón.

—¿Qué es lo que supones tú, Sheldon? —preguntó el policía.

—Hay nada menos que cuatro millones en danza, Rob; y por dicha suma, muchas personas harían toda clase de locuras. Reflexionando, he llegado a la conclusión de que Irma Mackenson estaba vigilada, por lo menos en aquellas fechas, y los que me vieron entrar en su casa, me siguieron luego sin que yo me diera cuenta. Por lo visto, no debía convenirles que un investigador metiera las narices en sus asuntos y fue por ello por lo que trataron

de amedrentarme… Naturalmente, ignoraban que yo había rechazado el encargo; de lo contrario, se habrían ahorrado el viaje. Aquellos tipos no actuaban por sí; eran matones a sueldo, contratados quizá por cincuenta dólares.

Robinson asintió pensativamente.

—Es muy posible que tengas razón —convino—. Descríbemelos, ¿quieres?

Prye lo hizo así. Al terminar, Robinson tocó una palanquita.

—¿Sí, teniente? —dijo una voz.

—Necesito el tomo quinto de fotografías de tipos fichados.

—Enseguida, teniente.

Minutos después entraba un cabo de la policía con un enorme libraco bajo el brazo. A indicación del oficial, lo dejó sobre la mesa, delante de Sheldon, y se marchó.

—Avísame cuando los hayas encontrado —dijo Robinson—. Mientras tanto, yo seguiré trabajando.

El joven empezó a pasar las hojas del libro. Fue una labor larga y tediosa, pero que, al fin, tuvo su recompensa cuarenta minutos más tarde.

—Bueno —respiró aliviado—, aquí están.

Robinson se levantó y dio vuelta a la mesa. Contempló las fotografías que le indicaba el joven.

—Son Juke Doyth y Slim Walter. No se tiene noticias hasta ahora de que hayan intervenido en la comisión de ningún homicidio, pero son de la clase de tipos que acaban matando a algún infeliz y luego tostados en la silla eléctrica. Ordinariamente, trabajan como matones a sueldo, para guardar el orden, es un decir, en «La Casita», un club nocturno que dirige un tal Fern Dorego.

Sheldon miró al policía.

—¿Qué diablos tiene que ver Dorego con todo esto? —preguntó.

Robinson se encogió de hombres.

—No nos denunciaste el hecho y no podemos intervenir oficialmente, máxime cuando no se relaciona con la muerte de Latimer. Al menos, de momento, claro está. Pero si tú vas e investigas por tu cuenta, yo cerraré los ojos, siempre que no cometas un estropicio.

—Me portaré como si llevase en las manos un manual de urbanidad —sonrió Prye—. Gracias, Rob.

Desde la puerta, se volvió hacia el policía:

—Y a ver si encuentras pronto al culpable —añadió.

—Está en libertad bajo fianza —respondió Robinson.

—Confío en demostrar su inocencia.

—No te dejes arrastrar por unos ojos bonitos y un talle de sílfide, Sheldon. Eres soltero y esa mujer es peligrosa en todos los terrenos, incluso en el del amor.

—Estoy acorazado contra ciertos sentimientos —bromeó el joven.

—Hace diez años yo también decía lo mismo —rió el policía—. Y ya ves, tres chiquillos y el cuarto en camino.

—¡Horror! —exclamó Sheldon, espantado. Y salió de la oficina.

«La Casita» era una completa muestra de la ignorancia de algunos arquitectos acerca de determinados estilos de construcción. Había un techo de tejas rojas, muros encalados y unas horribles rejas, con lo cual se pretendía dar la impresión de que era un edificio de auténtico estilo español, pero todo el parecido acababa en el nombre, que llameaba en estrepitosos tubos de neón rojo en la noche. El portero estaba ataviado de una manera que sólo hubiera podido concebir un hawaiano que no hubiese leído siquiera la «Carmen», de Marimée y, más que un español típico, parecía un húngaro gitano domador de osos. Prye cerró los ojos un instante y luego, haciendo de tripas corazón, franqueó la entrada.

Se dirigió rectamente al mostrador, rechazando las insinuaciones del «*maître*» de tomar una mesa. Pidió una copa y observó el terreno en torno suyo.

El ambiente no podía ser más discreto. Mesas ocupadas, audaces escotes, trajes oscuros de los caballeros, y en el estrado, una buena orquesta, con una excelente vocalista. Pero Prye sabía que aquello era sólo la fachada; el negocio de Dorego incluía algunas otras diversiones menos inocentes.

Tomó un par de sorbos de su copa y luego llamó la atención del *barman.*

—¿Señor? —dijo el hombre, inclinándose hacia él.

Sheldon puso disimuladamente en su mano un billete de cinco dólares.

—Veo esto muy aburrido —dijo el joven—. ¿No… no hay otro

medio de distraerme mejor? —Y le guiñó el ojo al mismo tiempo.

El *barman sonrió comprensivamente.*

—Espere un momento, por favor.

Se alejó. A poco volvió, indicándole con la cabeza a un sujeto de recia planta y facciones berroqueñas, con aspecto de boxeador retirado, pero muy capaz todavía de propinar un severo castigo a un contrario diez años más joven que él.

—Usted dirá —murmuró el hombre brevemente.

—Me aburro —sonrió el joven—. ¿Qué otras distracciones hay aquí?

—Tenemos un local reservado para los socios —contestó el sujeto—. La cuota son veinticinco dólares.

—¿Al mes?

—Por noche.

—Un poco carillo, pero merece la pena, Sam. —Prye sacó un gran rollo de billetes, separó tres de diez y se los entregó al gorila —. Guárdese la vuelta.

El otro, impasible, le devolvió cinco dólares.

—No admito propinas —dijo—. Y me llamo Moss. Sígame, señor…

Prye ignoró la insinuación de Moss para que dijera su nombre. Precedido del sujeto, se metió por una puerta disimulada tras unos espesos cortinajes, caminó diez pasos por un corredor sumido en la penumbra, subió cuatro o cinco peldaños y al fin se detuvo ante una puerta que parecía blindada, a juzgar por la opacidad del sonido de los golpes que Moss dio con los nudillos.

Una mirilla se abrió a la altura de un hombre y dos ojos atisbaron por la abertura. El gorila dijo:

—Soy yo, Buck. Traigo un nuevo socio.

La puerta se abrió. Moss se echó a un lado para que pasara el joven.

—Adentro encontrará usted la diversión que desee, señor. Las bebidas son por cuenta de la casa.

—Gracias, Moss.

Sheldon franqueó la entrada. La puerta se cerró a sus espaldas en el acto.

Estaba en un pequeño vestíbulo, forrado de pesados cortinajes de terciopelo rojo, los cuales amortiguaban los sonidos que llegaban

desde el otro lado. El sujeto que estaba de vigilancia en aquel lugar, le señaló un punto en las cortinas.

—Pase, señor.

Sheldon apartó el terciopelo a un lado y se encontró en una gran sala, donde numerosas personas de ambos sexos se dedicaban a diversos juegos de azar, entre los que predominaban la ruleta y las mesas de dados. En una esquina había un bar, de larguísimo y bien provisto mostrador. No se bebía en las mesas; para hacerlo, era preciso acudir al mostrador, donde tres *barmen* atendían a los clientes sedientos.

Abundaban los escotes, las espaldas desnudas y las joyas. El dinero corría pródigamente y Sheldon pensó en que Robinson daría un año de su sueldo por atrapar aquella sala de juego en plena actividad. Pero también sabía que Fern Dorego debía tener montado un buen sistema de alarma y, al menor síntoma sospechoso, las mesas de juego dejarían de ser lo que eran y la clientela se transformaría en una reunión de personas, ávidas de ver proyectar en una pantalla una serie de películas educativas. No obstante, se prometió a sí mismo hacer algo en tal sentido, aunque, por el momento, demostrar la inocencia de su cliente era lo que más le importaba.

De pronto, cuando recorría la sala con la vista, divisó a una persona que le hizo fruncir el ceño. James Bowrie, el sobrino de Egon Mackenson, estaba sentado a una mesa de juego, apostando fuerte, y perdiendo, a juzgar por la expresión de disgusto que se advertía en su rostro. Se preguntó de dónde podría sacar el dinero aquel sujeto que, según tenía entendido, carecía de oficio y de beneficio; la ficha mínima era de cinco dólares, pero apenas si se veían de este tipo; casi todas eran de veinte dólares para arriba.

A su lado se hallaba la curvilínea pelirroja, vistiendo un traje que dejaba atrás a todo cuanto Sheldon conocía en materia de audacia en indumentaria femenina. Si Bowrie parecía al borde de la congestión, Delia Havers, en cambio, parecía divertirse mucho con las pérdidas de su acompañante. Sheldon tomó nota mental del detalle; podía servirle de mucho en adelante.

Quizá era uno de los puntos flacos de que le había hablado Irma…

¡Irma!

Estaba también allí, para pasmo y asombro suyos. La joven se hallaba en una mesa de dados, no lejana a la de ruleta, con un puñado de billetes en las manos. Sin embargo, no parecía prestar mucha atención al juego; sus ojos estaban pertinazmente fijos en la pareja.

Prye no tuvo tiempo de indignarse ni de ir en busca de Irma para reprocharle su estancia en la sala de juego. En el mismo instante, sintió unos golpecitos en el hombro.

Se volvió. Eran los dos gorilas que habían intentado apalearle en una ocasión.

—Venga —dijo Walter secamente—. El jefe quiere verle.

CAPÍTULO VI

Fern Dorego era un sujeto cuarentón, alto y delgado, de pelo intensamente negro y engominado, que ya blanqueaba por las sienes. Vestía con atildada elegancia y era hombre de suaves ademanes. Prye lo catalogó inmediatamente como italoamericano, a pesar del apellido y de la decoración falsamente hispana de su local. Por el momento, sin embargo, éstos eran detalles secundarios.

—Lamento haber interrumpido su diversión apenas comenzada, señor Prye —dijo casi sin preámbulos. Walter estaba a un lado de la puerta del lujoso despacho; el otro se había quedado en la sala de juego, sin que Sheldon conociese sus intenciones—. Pero es el caso que usted no es persona grata en el club y, por dicha razón, me veo obligado a suplicarle que lo abandone.

Aparentemente, las palabras de Dorego no podían ser más corteses. Pero en el fondo de ellas, Prye advirtió mía amenaza que debía tenerse en cuenta.

—Muy bien —contestó—. Usted es el dueño del club, me imagino, y no puedo negarme a atender a sus indicaciones. Sin embargo, ¿le importaría contestarme a una pregunta?

Unos nudillos golpearon en la puerta. Dorego hizo una seña y Walter la abrió.

Irma Mackenson entró en el despacho, precediendo al otro gorila. Parecía indignada y dio la sensación de querer protestar, pero se quedó parada en el centro de la estancia, llena de asombro al ver allí a su abogado.

—¡Señor Prye! —exclamó, atónita.

Sheldon inclinó ligeramente la cabeza.

—Señora —murmuró. Luego se volvió hacia el dueño del local —. Hablábamos de que deseaba hacerle una pregunta, señor Dorego.

—¿Y bien? —murmuró el sujeto.

—Hace bastantes noches, estos dos tipos que se encuentran en este despacho, fueron a visitarme al mío, con el encargo de persuadirme que abandonara la defensa de los intereses de la señora Mackenson, aquí presente. Estoy seguro de que usted los vio volver molidos y apaleados… pero, dígame, ¿por cuenta de quién actuó usted en este caso? ¿Quién le ordenó hacer una cosa semejante?

El cetrino rostro de Dorego se mantuvo impasible.

—Los dos deberán abandonar ahora mismo el local —contestó —. Es todo cuanto tengo que decirles. Slim, Juke, acompáñenlos hasta la salida.

—Sí, jefe —contestaron los gorilas a dúo.

Sheldon sonrió.

—Dorego, ¿teme reconocer que actúa por cuenta y razón de los hermanos de Egon Mackenson?

Los ojos del individuo brillaron peligrosamente.

—Vamos, fuera con ellos —repitió en tono perentorio.

Walter se acercó al joven y le asió por un brazo.

—Ya lo oyó, picapleitos. Largo…

Prye se soltó con un brusco ademán.

—No me toque, mono apestoso —gruñó, colérico.

El insulto enfureció a Walter. Perdidos los estribos, cargó contra el joven.

Prye no se molestó en usar los puños. Levantó el pie y se lo clavó al gorila en el bajo vientre. Walter se dobló agónicamente y cayó de rodillas al suelo, oprimiéndose la ingle con ambas manos.

El otro lanzó un rugido de furia y quiso abalanzarse sobre Sheldon. Dorego lo detuvo con una seca orden:

—¡Quieto, Juke! Déjalos que se vayan; no tengo ganas de más jaleos.

—Hace usted bien —dijo Prye, apuntándole con el índice—. Al teniente Robinson le gustaría mucho hacer una incursión en su sala de juego.

Dorego sonrió desdeñosamente.

—Le desafío a que lo haga —contestó.

—Tal vez venga un día, cuando menos se lo espere. Vamos, señora Mackenson.

Los dos jóvenes salieron del club de juego en silencio. En el guardarropa, Sheldon la ayudó a ponerse una capa de pieles y luego

se dirigieron hacia la puerta principal.

Cuando franqueaban el umbral, brilló el «*flash*» de un fotógrafo. Sheldon vio el gesto y levantó el brazo para ponerlo ante el rostro de Irma, pero ya era demasiado tarde. El fotógrafo escapó a la carrera y el joven supo así que había sido enviado por Dorego para comprometer aún más a su cliente.

—¿Dónde tiene el coche? —preguntó él con acento gruñón.

—Vine en taxi —respondió ella opacamente.

Sheldon la condujo hasta su automóvil y la acomodó en el asiento anterior. Luego dio la vuelta y se sentó tras el volante. Conectó el arranque y el motor empezó a funcionar inmediatamente.

Durante unos momentos reinó el silencio entre ambos. Al fin, Irma, no pudiendo resistir más, exclamó:

—Bueno, hable de una vez. ¿No tiene nada que reprocharme? ¿Por qué no me pega un par de gritos y se queda tranquilo?

—Le diré lo que pienso —contestó él, dominando su furia—. Pienso en les periódicos de la mañana y en sus titulares. Imagínese lo que dirán: HERMOSA Y RICA VIUDA, ACUSADA DE ASESINATO, DIVIRTIÉNDOSE EN UN CLUB NOCTURNO, EN COMPAÑÍA DE SU ABOGADO DEFENSOR. ¿Eh, qué le parece?

—Una indecencia —replicó ella sin pestañear—. Yo no había ido a «La Casita» para divertirme.

—Ya. Fue para vigilar a su sobrino…

Ella respingó.

—¡Mi sobrino! —dijo explosivamente.

—¡Claro! ¿No es el hijo de su cuñada?

—Nunca se me había ocurrido considerar a James bajo ese aspecto —manifestó Irma.

—Eso es lo de menos. Pero cometió una imprudencia, que puede que nos cueste cara. Vamos a ver, ¿quién la defiende, usted o yo? ¿Cuál de los dos realiza los trabajos necesarios para demostrar su inocencia? ¿Es que no se da cuenta de que, a la vista de la fotografía y de los comentarios periodísticos, el juez Monktown puede sentirse molesto y revocar su libertad bajo fianza? Si sospechaba o sabía que James jugaba, ¿por qué no me lo dijo a mí y yo hubiese acudido a «La Casita», puesto que, de todas formas, tenía que venir?

—Siento haberle enojado —se disculpó Irma en tono lleno de sinceridad—. Le aseguro que, de haberlo sabido, no me habría movido de casa.

—Eso es lo que hará en lo sucesivo; no dar ningún paso sin antes consultármelo a mí. O de lo contrario, dejaré de defenderla, ¿me ha entendido?

—Se lo prometo —suspiró ella—. Pero, dígame, ¿por qué tenía que acudir usted a ese local?

—¿Recuerda los dos gorilas que quisieron amedrentarme la noche del primer día en que nos conocimos?

—Sí, usted los mencionó…

—Pues bien, trabajan para Dorego. Me enteré de ello por el teniente Robinson y vine a investigar. Usted conoce todo lo que he podido averiguar al respecto.

—Desde luego.

—Y a usted, ¿quién le dijo que James era, a lo que parece, un asiduo de la sala de juego de «La Casita»?

—Mi esposo. Todavía no lo era aún. Me dijo que estaba harto de sus hermanos y, sobre todo, del parásito de James. Sabía que éste jugaba con frecuencia, ya que alguna vez había ido en su busca para que le sacase de apuros, pero había terminado por cansarse y lo había despedido con cajas destempladas.

Sheldon se quedó pensativo unos minutos. Al fin, dijo:

—Si no tiene dinero, ¿de dónde lo saca para exponerlo en la mesa de ruleta?

—No tengo la menor idea —contestó Irma.

El joven se quedó silencioso. Después de unos minutos de reflexión, llegó a la conveniencia de que lo más apropiado era hacer una visita a la opulenta pelirroja. Tal vez por mediación de Delia Havers obtuviese los informes que por otro lado no podía conseguir.

Ya no hablaron más, hasta llegar a la puerta de la casa de Irma. Prye detuvo su coche y ayudó a la joven a apearse.

—Recuerde lo que le he dicho. Nada de imprudencias. Cualquier cosa que usted quiera hacer, consúltela antes conmigo.

—Lo haré, se lo prometo —aseguró Irma.

Los agentes de Sheldon Prye trabajaban activamente en la búsqueda de datos. Ello no fue obstáculo para que uno de ellos le consiguiese información sobre el domicilio de Delia Havers, cosa

que él no había podido conseguir, ya que la pelirroja no tenía teléfono o, por lo menos, era de las personas que no querían que figurase en la guía. Una vez conocido el domicilio de la prometida de James Bowrie, no perdió tiempo en ir a verla.

Cuando se disponía a salir de su despacho, Molly Flynn le entregó un documento.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Acaba de traerlo un agente judicial. Aún no he tenido tiempo de leerlo —contestó la secretaria.

Sheldon desdobló el pliego. Una profunda arruga se formó en su frente casi en el acto.

—¿De qué se trata, jefe? —inquirió Molly con curiosidad.

—Es una citación. Mañana, a las diez, Irma Mackenson y yo hemos de comparecer ante el juez Warburton para que expongamos nuestra conformidad o los reparos que nos parezcan oportunos a la diligencia de autopsia del cadáver de su marido.

Molly hizo una mueca.

—Esos tipos están dispuestos a no dejar hueso por remover, con tal de hacerse con la fortuna del viejo, ¿eh?

—Así parece —convino el joven con un gruñido—. Bueno, ahora tengo que hacer una visita. Vendré a la noche a trabajar; deje toda la firma preparada y se la despacharé, para que la tenga lista a las nueve de la mañana.

—Está bien, jefe.

Sheldon Prye salió a la calle y subió a su coche. Puso el motor en marcha y arrancó en dirección a la casa de Delia Havers.

CAPÍTULO VII

La pelirroja en persona acudió a abrirle, envuelta su exuberante anatomía en una bata compuesta por un kilómetro de velos flotantes —o así se lo pareció a Sheldon—, los cuales tenían muy poco de opacos. Daba la sensación de haber salido del baño hacía poco y su atrevidísima indumentaria era la propia para estar por casa, aguardando el momento de un grato encuentro, así como su aspecto indicaba que se había acicalado a fondo. ¿A quién esperaba? se preguntó el abogado.

—Me llamo Prye —dijo—. Sheldon Prye, señorita Havers.

—Lo sé. Le vi el otro día en la audiencia —respondió ella secamente, apoyada en la jamba de la puerta—. ¿Qué es lo que quiere?

—Hablar con usted.

Delia vaciló un momento. Luego, mordiéndose los labios, terminó por echarse a un lado.

—Está bien —dijo. Caminó hacia un pequeño bar, moviendo exageradamente sus pomposas caderas—. Siéntese por ahí y dígame qué quiere beber.

Prye tomó asiento en un lado de un diván y sacó cigarrillos.

—No tengo ganas de beber —contestó. Y añadió—: Dígame, ¿cuándo piensa casarse usted con el joven James Bowrie?

Delia le lanzó una oscura mirada. Sheldon pensó que era una mujer hermosa, aunque un tanto basta y poco refinada, pese a las aparatosidades de su indumentaria en cualquier ocasión, y con treinta años bien cumplidos y mejor conservados. Si se tenía en cuenta que James Bowrie contaba con veinticinco, podían hacerse muchas y muy sabrosas deducciones.

—Deje mis asuntos particulares en paz —replicó la pelirroja agriamente—. Contestaré cualquier pregunta relacionada con el caso que usted defiende, pero nada que se refiera a mí

personalmente.

—Cualquier pregunta que le haga a usted, señorita Havers, está relacionada con el caso que defiendo —declaró Prye reposadamente —. Pero, en fin, tal vez la que acabo de hacerle resulte demasiado personal. Ésta no lo será: ¿Quién le proporciona a James Bowrie el dinero que pierde en la sala de juego de «La Casita»?

Los ojos de Delia chispearon.

—¡A mí qué me cuenta! —contestó con tono despegado.

—¿A quién se lo voy a contar? —dijo el abogado de buen humor —. Usted va a ser su esposa, o al menos, eso es lo que se dice por ahí. Una futura esposa debe estar bien enterada de la fuente de ingresos de su prometido y, en mi opinión, correrle a latigazos para alejarle a mil kilómetros de una mesa de ruleta. Usted parecía hacer todo lo contrario; animarle para que siguiera jugando y… perdiendo, ¿no es así?

Delia agarró una botella con ánimo de tirársela, pero se contuvo oportunamente, como si se hubiera dado cuenta de que con aquel gesto no habría hecho sino empeorar su situación. En cuanto a Sheldon, advirtió que en unos minutos había conseguido saber más cosas que en todo el tiempo que había transcurrido desde que se hizo cargo de la defensa de Irma Mackenson.

—Le agradeceré que se vaya —dijo la pelirroja en tono seco.

Sheldon se puso en pie.

—Hay ciertos establecimientos —dijo sentenciosamente—, que emplean chicas para animar a los clientes a beber, por lo que reciben una comisión. Existen hombres que se encargan de atraer a otros sujetos a determinados lugares donde se supone se vende placer. También, en algunas salas de juego hay elegantes damas que juegan unas cuantas fichas, por cuenta de la casa, claro está, con el fin de animar a su acompañante a que juegue. Unos y otras reciben un nombre harto significativo: «ganchos», no importa su sexo. ¿Es usted un «gancho» de Dorego con respecto a James Bowrie?

Bajo la capa de maquillaje que le cubría, el rostro de Delia palideció espantosamente. El abogado rió satisfecho; sabía que su tiro había impactado en el centro de la diana.

—Gracias por haberme recibido, señorita Havers —dijo con toda amabilidad. Y dio media vuelta para dirigirse hacia la salida, en el mismo instante en que se abría la puerta.

Un hombre entró en el apartamento. Al ver a Sheldon Prye se quedó perplejo un instante, pero, en el siguiente, ya se había rehecho y sus negros ojos lanzaron vivos destellos de cólera.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Dorego hoscamente.

—Fue un error —respondió el joven con gran cortesía—. Cualquiera puede equivocarse de parada de autobús, ¿no le parece?

Dorego apretó los puños.

—Vamos, lárguese, entrometido —gruñó—. Los tipos como usted me dan náuseas.

—Generalmente, eso es lo que suele pasarle a todo sujeto cuya conciencia no está muy tranquila, cuando se tropieza con una persona decente que, directa o indirectamente, investiga sus actividades.

Dorego miró a la opulenta pelirroja.

—¿Le has dicho algo, Delia? —preguntó con un gruñido.

Ella fue a contestar, pero se le anticipó el abogado.

—No me ha dicho nada, pero yo lo adivino sin necesidad de palabras. Resulta un tanto extraño, y aun deprimente, que un individuo tenga la llave de un apartamento, cuya propietaria se supone se va a casar muy pronto con otro hombre. ¿Qué diría James Bowrie si se enterase de una cosa así? —exclamó Sheldon sarcásticamente.

Y dio un paso hacia la puerta, pero Dorego se le interpuso, con el rostro completamente deformado por la cólera.

—Un momento, no tan aprisa —dijo—. Antes, quiero darle una buena lección para que no vuelva a meter sus narices dónde…

Cometió el error de hablar antes de actuar. Por la contracción de sus músculos faciales, Sheldon supo que el otro iba a atacarle.

Así, le resultó fácil parar el primer golpe con el brazo izquierdo. Dorego quedó al descubierto y él lanzó su puño derecho con todas sus fuerzas, alcanzándole encima del pómulo.

El dueño de «La Casita» lanzó un rugido de rabia, mientras retrocedía trastabillando. Rehaciéndose, volvió a la carga, sólo para recibir otro golpe en el ojo derecho. Prye lo hizo con cierto placer, sabiendo que Dorego tendría que usar gafas negras durante una semana al menos. Luego, antes de que su antagonista pudiera recobrarse, remató la tarea con un explosivo derechazo al mentón, que concluyó la pelea por K. O., de Dorego.

Recogió el sombrero, que se le había caído durante la pelea, y miró a Delia.

—Se lo dejo —exclamó—. No tenga cuidado; yo seré discreto y no diré nada a su prometido, sobre el hecho de que usted reciba a otros hombres en su casa, durante su ausencia, pero procure que no se entere él por medios distintos. Adiós, señorita Havers.

La pelirroja no tuvo ánimos siquiera para contestarle.

Prye acudió sólo al día siguiente al tribunal regido por el juez Warburton. Vernon Farrell, en representación de sus clientes, quienes también asistían a la audiencia, solicitó del juez firmase el oportuno mandamiento para exhumar los restos del difunto Egon Mackenson y proceder a su autopsia, por los médicos forenses que el juez tuviese a bien designar.

Cuando Farrell hubo terminado de exponer sus alegatos, Warburton miró al joven.

—Observo que el abogado de la parte demandada ha acudido sólo ante este tribunal. ¿Le ha sucedido algo a su cliente? ¿Está indispuesta?

Sheldon se puso en pie.

—No, Señoría. Pero puesto que mi cliente ha delegado en mí todos sus poderes para actuar en este caso, como mejor crea yo para la defensa de sus intereses, he estimado oportuno no hacerle acudir al tribunal, a fin de evitarle la exposición a la curiosidad pública. No obstante —agregó—, puedo decir a Su Señoría que mi cliente no sólo no se opone, sino que, en vista de los problemas surgidos, aún desea que se lleve a cabo la autopsia de los restos de su marido, con objeto de que su inocencia resplandezca de modo que no quede lugar a dudas. El doctor Jarvis, médico de cabecera del difunto Egon Mackenson, ya puntualizó, ante el honorable juez Monktown, de modo categórico, las causas de la muerte del esposo de mi cliente, y las aceptó como buenas. No digo esto por inclinar el ánimo de Su Señoría hacia una u otra decisión, sino como simple información para uso de ese honorable tribunal.

El juez reflexionó unos segundos. Luego volvió los ojos hacia Farrell.

—¿Qué tiene que alegar a ello el abogado de la parte demandante?

Farrell vaciló. Warburton se dio cuenta de su indecisión.

—Muchas gracias por su respuesta —dijo, un tanto sarcásticamente—. En vista de ello, haré saber cuál es mi decisión. Parece ser que, después de los alegatos expuestos por el abogado de la parte demandada, los demandantes no están muy inclinados a insistir en que se lleve a cabo la diligencia que han solicitado. ¿Me equivoco, abogado Farrell?

—Insistimos, Señoría —dijo Farrell, pero su tono era ya menos pomposo y resuelto que al principio.

—Conforme. Por el momento, sin embargo, la autopsia queda aplazada —decretó el juez—. No denegada, sino aplazada. Aunque no se juzga en este tribunal, tengo entendido que la cliente del abogado Prye está involucrada en un caso de homicidio, que pudiera estar relacionado con el fallecimiento de su esposo, cuya autopsia se me ha pedido. Si la policía encontrase pruebas suficientes para que le fuera suspendida la libertad bajo fianza de que actualmente disfruta, entonces se procedería sin más dilación a la autopsia. Hasta entonces, como digo, la citada diligencia queda en suspenso. ¡La audiencia ha terminado!

El juez se levantó y todos le imitaron. Prye recogió su cartera y se acercó al abogado demandante.

—¿Señor Farrell?

Éste le miró casi con ira. Detrás de él, los dos hermanos del muerto, le contemplaban con expresión aún más enconada.

—Dígame, colega —contestó Farrell secamente.

—Creo que se equivocan al pedir la autopsia de Mackenson. Usted oyó el diagnóstico del doctor Jarvis…

—Sí, pero Mackenson pudo haber sido muerto, mediante la ingestión de algún veneno que pudiera producir los mismos síntomas que un ataque cardíaco —alegó Farrell.

—Es cierto —convino el joven cortésmente—. Pero, en tal caso, ¿cómo sus clientes no solicitaron la autopsia apenas se enteraron del fallecimiento de su hermano? ¿Por qué han esperado tanto tiempo para pedir se efectúe una diligencia de tal índole? Le daré una respuesta, señor Farrell: sus clientes hablaron con la señora Mackenson y le exigieron la mitad de la fortuna heredada, bajo la amenaza de realizar contra ella determinados actos, que podrían ponerla en peligro de perder todo el dinero que ahora posee. Si están seguros de que tienen la razón de su parte, ¿por qué no han

impugnado ya la herencia? Y, sobre todo, ¿por qué esperaron una semana larga, para formular esa petición a mi cliente? ¿No le parece que, el que tiene la razón, la desea completa y no sólo al cincuenta por ciento? Eso es todo, señor Farrell. Buenos días.

Farrell se quedó con la boca abierta. Sheldon hizo una breve inclinación de cabeza en dirección a los dos hermanos Mackenson y giró sobre sus talones, encaminándose hacia la salida del tribunal.

Dos días después, Jack Neare, el vehemente admirador de Molly Flynn, le entregó un informe, cuya lectura hizo pensar mucho a Sheldon Prye.

Al fin, tras largo rato de reflexión, abandonó su despacho y se encaminó al domicilio de Irma Mackenson.

Marian, la doncella, salió a recibirle.

—Anúncieme a la señora —pidió él—. Soy su abogado.

—Sí, señor. —Marian era una chica bastante agraciada, la cual no dejó de examinar a Sheldon con gesto apreciativo. «Éste sí sería un esposo para ella y no el vejestorio con el que se casó», se dijo la doncella para sus adentros.

Irma compareció a poco en el saloncito de recibir a las amistades íntimas. Como de costumbre, vestía con cierto recato, pero con gran elegancia, y sólo el collar de tres vueltas que Sheldon ya conocía, adornaba su figura.

—¿Trae alguna noticia? —preguntó Irma apenas le vio.

—Sí. Una, muy interesante.

—Hable, por favor —rogó ella.

—Siéntese —aconsejó Prye—. Ahí, frente a mí.

Irma obedeció, sin comprender las intenciones del joven. Quedó casi en el borde de la silla, rígida, erecta, con las manos sobre el halda. Su pecho, de suaves contornos, subía y bajaba reposadamente a compás de la respiración.

—¿Dónde están sus padres? —preguntó él bruscamente.

La pregunta halló desprevenida a Irma, cuyo rostro palideció en el acto.

—En… en Europa —contestó.

—¿Seguro?

—¿No lo voy a saber yo, que soy su hija?

—Si es así, ¿quiere enseñarme alguna tarjeta postal? Cuando una persona viaja por turismo, siempre envía a sus amigos, postales

con las vistas de los lugares que visita. Con mayor razón a la propia hija, claro.

Irma se puso de pronto de pie. Sus senos palpitaban ahora agitadamente y era fácil ver que estaba poseída por una gran emoción.

Caminó varios pasos y se acercó a una alta ventana, desde la cual se podía divisar el jardín que rodeaba a la casa. Con voz tensa preguntó:

—¿Cómo lo ha sabido usted?

CAPÍTULO VIII

Sheldon Prye encendió un cigarrillo. Aspiró el humo y luego contestó:

—Cuando me encargo de la defensa de un cliente, investigo todo cuanto se relaciona con él. Usted sabe de sobra que, además de mi bufete de abogado, tengo una agencia de informes. Uno de mis hombres me entregó el que se refería a usted, eso es todo.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Pero querer casarse con un hombre rico no es ningún pecado, digo yo —alegó volviéndose hacia él.

—Por supuesto, si no se abrigan hacia el esposo intenciones poco sanas.

—Yo no le maté, repito. Su muerte fue natural —insistió Irma.

—Estoy de acuerdo con usted —declaró Sheldon.

—¿Cómo se enteró? —preguntó ella—. Mejor dicho, ¿cómo sospechó que no eran mis padres?

—Las noticias precedentes a su boda hablaban de usted como de una hermosa joven perteneciente a la mejor sociedad de esta población —manifestó el abogado—. Parecía lógico esperar una boda fastuosa, pero no fue así, sino que la ceremonia resultó de una sencillez espartana. Ni siquiera asistieron a ella los padres de la novia, pese a haber estado residiendo con ella durante dos años. Extraño, ¿no?

Irma asintió. Alargó la mano.

—Deme un cigarrillo, por favor —pidió casi roncamente.

La joven fumó unos momentos con bastante nerviosismo.

—Yo soy de Pattersonville, una pequeña población situada a sesenta millas de aquí —declaró—. Es una ciudad miserable, que se mantiene en pie gracias a la fábrica de tejidos que hay en ella. Si esa fábrica se cerrase un día, Pattersonville se desplomaría en dos semanas.

—Siga —murmuró Prye.

—En mi casa éramos pobres, abyectamente pobres, así como suena. Teníamos un pequeño campo de algodón, que debíamos recoger nosotros mismos, y que luego vendíamos a la fábrica. Eso apenas nos daba para comer… y, cuando tuve diecisiete años, me vi en la precisión de entrar a trabajar en esa maldita fábrica.

El cuerpo de Irma se estremeció con fuerza.

—Usted no sabe lo que es ser pobre y hermosa y estar acosada continuamente por los hombres: jefes de sección, encargados, capataces, mecánicos, todos iban tras de mí —y tras las otras chicas —, como fieras. Aparte de la miseria que ganaba, tenía que soportar día tras día toda clase de insinuaciones, unas veladas, otras descaradas… Era una existencia de continua humillación, indignante, créame. Mis padres murieron casi al mismo tiempo, cuando yo apenas había cumplido los veintiún años. Aquello pareció dar más ánimos a la jauría; pensaban que una chica sola e indefensa había de ser una presa fácil para sus bajos y sucios instintos.

»Un día me enteré de que Egon Mackenson era uno de los más fuertes accionistas de la fábrica. Poco a poco, fui adquiriendo detalles del que luego había de ser mi esposo. Al fin, me forjé un plan. Hablé con dos buenos amigos de mis padres, un matrimonio amigo, y les expliqué mi idea. Accedieron… y, tras unos meses de, digamos preparación por parte de los tres, a fin de no cometer ningún error en el trato con la gente de la alta sociedad, error de educación, por supuesto, nos vinimos aquí. Tuve, naturalmente, muchos pretendientes, pero mi objetivo era Egon. Lo alcancé… y ahora que soy dueña de su fortuna, no cederé por nada del mundo ese dinero que es legítimamente mío. Llámeme amoral, mujer sin conciencia, carente de sentimientos, excepto el de la riqueza…; pero si hubiese sido mujer y trabajando tan sólo un mes en aquella hedionda fábrica, me justificaría plenamente.

Sheldon escuchó en silencio el relato de la joven. Encendió un nuevo cigarrillo y dijo:

—Prefiero no opinar sobre el momento, señora Mackenson. Es claro que hay que ver las cosas desde distintos ángulos, pero, dígame una cosa.

—Sí, señor Prye —contestó ella.

—Para llevar a cabo su plan, se necesitaba dinero, bastante dinero. No bastaba presentarse en esta ciudad con un lindo palmito, sino que era preciso mantenerse durante dos años largos, representando una posición social que no correspondía a la realidad. Y eso cuesta dinero.

—Lo sé —respondió ella con gesto impasible. Se tocó las perlas —. Son falsas. Como las joyas que usaba. La ropa, claro, tenía que ser de buena calidad. Pero debe saber que la fábrica decidió ampliar sus instalaciones y adquirió algunos terrenos, entre ellos el que había heredado de mis padres. Querían ofrecerme una miseria, pero me mantuve firme y al fin conseguí sesenta mil dólares, de los cuales invertí más de cuarenta y cinco mil en… en la inversión que suponía el conquistar a mi esposo. —Sonrió amargamente—. Si los hermanos de Egon consiguiesen impugnar la herencia, no me quedarían en la actualidad más que unos doce o trece mil dólares.

Sheldon se puso en pie.

—Muy bien; ya he sabido lo que quería —dijo—. No es un procedimiento de estricta rectitud, pero tampoco puede ser considerado como un delito ni muchísimo menos.

—Usted no pasó, a veces, auténtica hambre —exclamó ella—. El campo de algodón era una carga para nosotros, más que un beneficio. Y ya ve, luego me produjo una saneada fortunita.

—Con la cual no se conformó usted —alegó Prye.

—Ya le dije que quería un marido rico. Para hacer negocios, es preciso antes realizar alguna inversión, ¿no?

—Claro —respondió el joven—. Bien, gracias por sus explicaciones, señora Mackenson.

Se puso en pie e hizo ademán de marcharse. De pronto, ella puso su mano sobre el brazo del joven.

—Señor Sheldon —le dirigió una mirada implorante.

—¿Sí? —murmuró él.

—No… no me considere tan mala —dijo Irma con voz plañidera —. Ya sé que mi forma de actuar no es muy de alabar, pero… estrictamente hablando, no he violado ninguna ley al hacer lo que hice.

—Claro, nadie le acusa de ello, señora Mackenson.

—Tenía un verdadero horror a la pobreza —se excusó ella—. ¡Aquellas horribles jornadas de trabajo en la fábrica textil…!

—No se preocupe; olvídelo —contestó Prye—. Y quede tranquila; nadie la despojará de la herencia de su esposo. Buenos días.

Sheldon Prye salió de la casa de la joven con un amargo sabor de boca. Le daba lástima y rabia, al mismo tiempo, que una muchacha tan hermosa hubiera sido capaz de hacer una cosa semejante. Disfrazada de legalidad, era una venta de sus encantos, claro que a un único y rico comprador, pero no se la podía calificar de otra forma. Naturalmente, tenía en su favor los años de miseria… y Sheldon conocía demasiado bien la que reinaba en algunos sectores sureños, dedicados poco menos que exclusivamente a vivir del producto del algodón que se cultivaba en aquellas regiones.

Pero, por otra parte, había adquirido legalmente una bonita suma: sesenta mil dólares. ¿No podía haber intentado huir de la pobreza por otro medio?

De pronto, se preguntó si los hermanos del muerto conocían el pasado de Irma. ¿Sabían que había sido una simple obrera de fábrica textil? ¿Pretendían forzarla a cederles dos millones, mediante la publicación de sus antecedentes? ¿O sabían también que los padres de Irma no eran tales?

Cualquiera de aquellas posibilidades podía ser cierta. Sin embargo, ninguna de ellas era suficiente para que la joven cediese a las pretensiones de sus cuñados. Claro que ahora ya formaba parte de la alta sociedad de la población y un escándalo semejante la habría cerrado las puertas de sus relaciones…; demasiado ruido habían hecho ya las dos muertes, de una de las cuales se la consideraba aún culpable.

Sacudió la cabeza. No, su deber era demostrar la inocencia de Irma en el asesinato de Irving Latimer. Lo demás… podía irse al diablo.

Irma le llamó al día siguiente.

—Señor Prye, soy Irma Mackenson.

—Buenos días, señora —contestó él urbanamente—. ¿En qué puedo servirla?

—Acabo de hablar con Clavius, mi cuñado.

—¿Ha ido a su casa? —preguntó Prye.

—No. Por teléfono. Quiere que me entreviste con él lo antes

posible.

Sheldon frunció el ceño. La inusitada petición de Clavius Mackenson le parecía un tanto sospechosa.

—¿Le ha dicho los motivos por los cuales quiere hablarle?

—No. Sólo ha dicho que es muy urgente.

—Podía haber acudido entonces a su casa de usted, ¿no le parece?

—Eso creo yo, pero cuando me llamó por teléfono, no se me ocurrió pensar en el detalle. ¿Qué hago, señor Prye? Usted me aconsejó que no diera un solo paso sin consultárselo.

—Y sigo manteniendo la misma opinión —contestó Prye tajantemente—. Espéreme en su casa; yo pasaré a recogerla e iremos los dos a visitar a su cuñado.

—Muy bien, de acuerdo. Estaré lista para salir apenas llegue usted.

Sheldon colgó el aparato. Tomó el sombrero y el impermeable y pasó al antedespacho.

—Tengo que salir —dijo a Molly—. Atienda los asuntos en mi ausencia. Creo que vendré después de mediodía.

—Bien, jefe. —Curiosa, la secretaria, preguntó—: ¿Irma Mackenson?

—Exacto —contestó él, cruzando la estancia.

—Esa chica acabará por hacerle perder la cabeza —observó Molly sentenciosamente. Y Sheldon se volvió un instante para mirar a su secretaria, sobresaltado por lo que acababa de oír. Molly se echó a reír—. Ande, vaya y no la haga esperar.

Una fina llovizna abrillantaba el asfalto. Los limpiavidrios funcionaban sincrónicamente, mientras el automóvil avanzaba hacia la mansión de Irma.

La joven le esperaba bajo la gran portalada de acceso al edificio. Se había puesto un impermeable de color gris acero, estrechado en el talle por el cinturón de la prenda, y un pañuelo de seda azul, anudado bajo su barbilla, enmarcaba su hermoso rostro. El abogado sintió una extraña opresión en el pecho al contemplarla y, paradójicamente advertir tal sentimiento le puso de un humor pésimo que sólo gracias a un poderoso esfuerzo de voluntad consiguió dominar.

Se inclinó hacia su derecha y abrió la portezuela, del auto. Irma

se acomodó a su lado. Sus rodillas quedaron al descubierto unos instantes y Prye se dijo que eran las más bonitas que había visto nunca. Púdicamente, Irma se estiró la falda, mientras el coche se ponía en marcha nuevamente.

—¿Conoce usted la dirección de Clavius Mackenson? —preguntó él.

—Sí. Vive en el extremo opuesto de la ciudad —declaró Irma—. Reside en una casa demasiado grande y costosa para él.

—¿Cómo sabe usted que es costosa para Clavius? —se extrañó el abogado.

—¿Andaría disputándome la herencia si tuviese dinero en abundancia? —replicó ella.

El argumento de Irma no tenía vuelta de hoja. Sheldon lo pensó así, mientras dirigía el coche cuidadosamente por entre el denso tránsito de la ciudad. Su mente trabajaba con gran actividad. ¿Qué nueva triquiñuela preparaba el granuja de Clavius Mackenson?

Media hora más tarde avistaron el edificio. Era una casa de planta y piso, modestísima si se comparaba con la suntuosa residencia de Irma, pero, aun así, excesiva para un hombre que, según sus informes, estaba prácticamente al borde de la bancarrota. Había una valla de madera baja, que circundaba la propiedad, a unos cincuenta o sesenta metros de la casa. La puerta de la valla estaba abierta.

Sheldon pensó que Mackenson la habría dejado abierta exprofesamente para que la joven pudiera pasar con su coche. Condujo el vehículo hacia la entrada y, en el mismo momento, oyó un débil estampido.

Irma exhaló un agudo gemido.

—¡Ha sido un disparo de pistola! —exclamó.

La joven tenía razón. Sheldon pisó el acelerador y lanzó el coche a fondo hacia la casa, deteniéndolo en seco a los pocos segundos.

En el mismo instante, vio a una figura correr hacia los campos.

—¡Ahí va el asesino! —gritó ella.

Sheldon saltó del vehículo. El hombre se esfumó rápidamente en la acuosa neblina que cubría el terreno. En pocos segundos, lo perdieron de vista.

Prye desistió de la persecución apenas hubo llegado al extremo opuesto de la valla. En primer lugar, el fugitivo había desaparecido

entre los árboles y matorrales que crecían libremente en aquella parte de las afueras de la ciudad. Y, en segundo, tenía una pistola, que usaría sin vacilar, si insistía en perseguirlo, mientras que él se hallaba desarmado. Y por muchos deseos que sintiera de capturar al asesino, no los tenía de conseguirlo a riesgo de su propia vida.

Regresó junto a Irma. La muchacha le esperaba en la puerta de la casa, con el rostro blanco como el papel.

—Vamos arriba —dijo Prye secamente.

Entraron en la casa. Clavius Mackenson apareció en una habitación del piso alto, tendido sobre un charco de su propia sangre. El orificio que aparecía en el centro de su frente no dejaba lugar a dudas acerca de la suerte que había corrido.

A un paso del cadáver estaba el arma homicida, un pequeño revólver niquelado, con cachas de nácar, calibre 32. El olor a la pólvora deflagrada invadía aún la estancia.

—No toque nada —recomendó Prye—. Voy a llamar a la policía.

CAPÍTULO IX

El teniente Robinson interrogó a la joven en una de las habitaciones de la planta baja, mientras arriba, los expertos, realizaban las tareas habituales en tales casos.

—De modo que dice usted que la víctima le llamó —dijo Robinson.

—Así es, teniente —confirmó Irma sin pestañear.

—¿Habló con él directamente?

—Por supuesto.

—¿Cómo está tan segura de ello?

—Bien, dijo que era Clavius Mackenson.

—Pero ¿reconoció usted su voz?

—No me fijé en ese detalle, teniente —respondió Irma—. Simplemente, al decir su nombre, di por sentado que era él.

—¿Le dijo que era muy urgente?

—Sí.

—¿No le anticipó algo sobre el tema que pensaba tratar cuando usted llegase aquí?

—No, en absoluto.

Robinson se frotó la mandíbula.

—¿Cómo puede probar que verdaderamente le llamó la víctima? —exclamó de pronto.

—¿Qué es lo que quieres decir, Rob? —preguntó Sheldon, quien, en calidad de abogado de Irma, asistía al interrogatorio.

El policía volvió los ojos hacia Prye.

—Estoy tratando de anudar todos los cabos de este enigma —contestó.

—Aguarde un momento, teniente —dijo Irma—. He olvidado un detalle.

—¿Sí? —murmuró Robinson, muy interesado.

—Marian, la doncella, recogió la llamada. Ella vino a avisarme

que Clavius Mackenson quería hablarme por teléfono. Cuando yo cogí el aparato, la víctima pronunció su nombre otra vez. Puede usted interrogar a la doncella, si no me cree, teniente.

Robinson se frotó la mandíbula.

—Sheldon, de no haber estado tú presente, el caso presentaría muy mal cariz para tu cliente. ¿Cómo se te ocurrió venir con ella?

—Porque la otra noche quiso meterse a investigar por su cuenta y lo único que hizo fue cometer una imprudencia —respondió el joven—. Fue la noche que estuvimos en «La Casita»…

—Los periódicos comentaron el hecho. Y publicaron una fotografía muy interesante —expresó Robinson.

—Lo sé. Y fue por eso mismo por lo que le dije que, a partir de aquel momento, no debía dar un solo paso sin consultármelo previamente. Cuando me llamó y me dijo que Mackenson quería verla, estimé que era mi obligación asistir a la entrevista.

—Ha sido una suerte para usted, señora Mackenson —dijo el policía, mirándola de nuevo.

—Lo que ha sido es una indigna trampa —exclamó Prye, muy sulfurado—. La intención del asesino era, como lo hizo, disparar contra Mackenson apenas viese llegar el coche de mi cliente, como así sucedió. Ahora, imagínate tú que viene ella sola y que busca a Mackenson y lo encuentra muerto. El revólver estaba caído junto al cadáver. ¿Qué hubierais dicho vosotros entonces, sin ningún testigo para probar que ella no había sido la autora del disparo fatal? Es posible, incluso, que el asesino especulase con un factor que se hubiese producido seguramente, de haber venido ella sola: el instinto la hubiese hecho coger el arma, bien por curiosidad o quizá pensando en que también podía ser atacada. Sus huellas digitales hubiesen quedado impresas en la culata y… de todas formas, aunque no la hubiera tocado, vosotros habríais dicho que limpió el arma después de cometer el crimen. ¿Entiendes ahora, Rob?

—Tus razonamientos parecen muy lógicos —convino el policía —. Pero ¿quién es el asesino?

—El mismo que mató a Irving Latimer —respondió el joven sin vacilar.

—Sí, pero ¿quién? —insistió Robinson.

Prye hizo un gesto.

—Ven, Rob. Usted, aguárdenos aquí, señora Mackenson.

Los dos hombres salieron de la pieza. Había un policía uniformado en la puerta, el cual la cerró nuevamente apenas hubo franqueado Robinson el umbral.

Prye condujo a su amigo hasta el piso superior y lo llevó a la habitación donde estaba el cadáver. Pasaron dando un rodeo y llegaron a la ventana, que daba a la parte posterior de la casa.

—Asómate —dijo—. ¿Qué ves?

—¿Dónde? —preguntó el policía.

—Debajo de ti, Rob.

—Nada. Sólo una pared muy lisa, sin asideros y… ¡caramba, son casi seis metros de altura de aquí hasta el suelo! Cualquiera podría romperse la crisma si saltase de mala manera —comentó Robinson.

—La habitación de Irving Latimer estaba aún a mayor altura que ésta. Es obvio, por lo tanto, que el crimen no ha podido ser cometido por una persona de edad, falta ya de facultades físicas.

—¿Acaso sospechabas de algún viejo? La única implicada, más o menos, en este caso, es Dina Bowrie y es hermana del difunto.

—Cuando hay cuatro millones de por medio, el parentesco desaparece en ocasiones —dijo el joven sentenciosamente—. Pero no, no ha sido Dina Bowrie, al menos de manera directa, lo cual no excluye la posibilidad de que haya sido la inspiradora de este crimen.

—Sí, pero, en todo caso, el que lo cometió, debía poseer una agilidad extraordinaria para saltar desde aquí arriba, y desde la ventana de Latimer, y caer al suelo sin causarse daño. Tú mismo has alegado que corría como el viento.

—Así es, Rob. Pero ahora, fíjate en este detalle.

El índice del joven señaló una pequeña depresión que había casi en el centro de la madera del marco, en la parte del alféizar.

—¿No te imaginas de qué puede ser esta señal? —preguntó.

—No, en absoluto.

—Hay otra idéntica en la ventana de Latimer. Se trata de un gancho, no muy grande, para que pueda caber en el bolsillo de un chaquetón, por ejemplo, unido a una delgada cuerda de nylon de pocos metros de longitud, para que ocupe el menor espacio posible al ser guardada en ese bolsillo. El asesino cometió ambos crímenes, y utilizó el gancho y la cuerda para descolgarse y escapar. Incluso es probable que usase ese adminículo para trepar por la ventana,

por lo menos, en el caso de Latimer.

Sheldon hizo una pequeña inspiración, y continuó:

—Me he informado por la cocinera de Irma. Latimer tenía la costumbre de dormir con la ventana abierta de par en par. El gancho, seguramente, estaría forrado de goma. No haría ruido al ser lanzado desde abajo, pero ni aun la protección de goma pudo evitar la depresión causada por el peso de la persona que utilizó la cuerda.

—Entiendo —murmuró el policía—. Un hábil ardid, pero el caso es que en ambas ocasiones ha fracasado en achacar el crimen a tu cliente. Mejor dicho, en la segunda, porque la acusación subsiste respecto de la primera.

—Espero demostrar bien pronto su inocencia, Rob.

El policía sonrió.

—Cuidado con los ojos lindos y el talle de sirena —dijo. Luego lanzó una ojeada circular en torno suyo.

—Me preocupa que un hombre sin capital pudiese mantener una casa como ésta. No es de un lujo excesivo que digamos, pero para un tipo sin dinero, resulta demasiado.

—A mí también me preocupa —confesó el joven—. Y no acabo de encontrar por ahora la menor relación con su muerte ni con la de Latimer.

—Está bien —suspiró el policía—. Parece ser que, si el asesino fue el mismo en ambos casos, tu cliente quedará libre de toda sospecha. A la tarde enviaré a un agente a comprobar lo de la llamada telefónica y que examine la ventana del cuarto de Latimer. Me pregunto —añadió con acento preocupado—, qué pinta Dorego en este endiablado asunto.

—Debe tener algún papel importante, no te quepa la menor duda. Pero tú posees más medios que yo para averiguar las cosas.

—No bromees —refunfuñó el policía.

Prye se echó a reír.

—¿Puedo llevarme a la señora Mackenson?

—Claro —rezongó el policía.

En aquel momento, se acercó un agente.

—Teniente, hemos encontrado huellas impresas en el barro de la parte posterior de la casa. Hemos pedido material para tomar moldes de yeso.

—Muy bien —aprobó Robinson—. ¿Pueden deducir a quién

pertenecían esas huellas?

—Yo diría que se trata de un hombre joven y robusto. —Y el agente miró a Sheldon—. Como el abogado, más o menos.

Prye levantó un pie.

—Yo también corrí por allí —dijo—. Mis huellas estarán diferenciadas de las del asesino.

El agente sacó una cinta métrica. Tomó una medición y luego dijo:

—Las huellas del asesino miden dos centímetros más.

Robinson silbó.

—¡Vaya pie! ¡Debe ser un gigante!

Una súbita sospecha surgió de pronto en la mente del joven. Sin embargo, prefirió callársela; antes que comunicar sus pensamientos al teniente de policía, quería hablar con James Bowrie.

El hijo de Dina Bowrie era alto, más aún que él, fuerte y atlético. No tenía dinero, jugaba en abundancia y, seguramente, debía mucho en «La Casita». Bien, eliminar a su tío, ¿no era una forma de acrecer su parte de la posible herencia que esperaba conseguir?

—Está bien, Rob —dijo—. Me marcho.

Recogió a Irma y la devolvió a su casa. Apenas si habló con ella, salvo para contarle algún detalle sin importancia. Irma insistió, pero Prye se mostró firme y la joven tuvo que contentarse con las pocas cosas que él le dijo.

Regresó a la oficina, en donde estuvo atendiendo algunos asuntos propios hasta las cinco de la tarde. Entonces abandonó el despacho y bajó a la calle, en donde montó en su automóvil, que puso en marcha inmediatamente.

Si sus cálculos eran exactos, si su conocimiento de la idiosincrasia de algunas personas era medianamente acertado, entonces encontraría a James Bowrie a aquellas horas, sólo en su casa.

Su madre, Dina, estaría acompañando al cadáver de su hermano. Sheldon tenía la impresión de que a James Bowrie le tenía sin cuidado el asesinato de su tío.

Antes bien, era muy probable que incluso se alegrase, puesto que así tenía la esperanza de obtener más dinero.

Si no había sido el asesino de su tío.

CAPÍTULO X

Acertó. James Bowrie estaba solo en la casa.

El joven le miró de reojo, desconfiadamente.

—¿Qué diablos quiere? —Gruñó.

—Hablar con usted —contestó Prye sin amilanarse.

—Puedo negarme a ello —replicó James.

Sheldon alzó los hombros.

—No le dirá lo mismo al teniente Robinson —dijo—. ¿Entro o llamo a la policía desde el bar de la esquina?

Bowrie apretó los labios.

—Está bien. Usted gana. Por ahora.

El joven entró en la casa. También estaba montada con un lujo, sin ser excesivo, no obstante, que desdecía de las escaseces monetarias de madre e hijo. Prye se preguntó de dónde diablos habrían sacado ambos hermanos, el difunto y la viva, el dinero necesario para sostener un semejante tren de vida sin trabajar ni ingresos conocidos y legalmente aceptados.

—¿Quiere beber? —invitó James.

—Gracias. Hace mal tiempo. Una copa no viene mal, de cuando en cuando.

James Bowrie preparó dos vasos altos. Entregó uno al abogado y bebió del otro.

—Ya puede hablar, picapleitos —dijo insultantemente.

Prye no se inmutó.

—Su tío ha muerto, James.

—Lo sé. Descanse en paz.

—Ahora, la herencia recaerá toda en su madre... es decir, si consiguen la impugnación.

—Eso me imagino yo. ¿Y...?

—Usted puede que no llegue a disfrutar de ese dinero, en el improbable caso de que el recurso que va a entablar su madre

llegase a prosperar.

—¿Por qué no? —rió James—. Mi madre me quiere mucho. Siempre me dio todos los caprichos que le pedí. Me dará dinero en abundancia, créame.

—Los cuatro millones siguen siendo aún de Irma.

—Pronto serán nuestros.

—Antes, tendrán que demostrar que ella mató a su esposo. Y a Latimer, claro.

—La policía se encargará de ello. Es muy eficiente, creo.

—Tanto, que es posible que vengan a detenerle a usted, acusado de haber asesinado a su tío.

James se puso pálido.

—No diga tonterías. He estado todo el día en casa, sin salir. Mi madre…

—La coartada que pueda presentar su madre carece de validez ante un tribunal —cortó Prye—. En cambio, yo puedo decirle que el asesino, al escapar, dejó impresas en el barró unas huellas, cuyo tamaño corresponde, más o menos, al de sus pies, quiero decir, al de sus zapatos.

James abrió la boca de par en par.

—¡Diablos, no! —vociferó—. ¡Eso es absurdo! ¡No digo que simpatizase especialmente con tío Clavius, pero tampoco tenía motivos para desear su muerte!

—Cuatro millones de «motivos» —dijo Sheldon, impasible—. ¿Le parece poco?

El joven le miró furiosamente. Dejó el vaso sobre la mesa y avanzó hacia él.

—Escuche, maldito leguleyo, si cree que con esos ardides va a conseguir algo…

—¿Cuánto le debe usted a Dorego? ¿A cuánto asciende el importe de los pagarés que le ha firmado para poder seguir satisfaciendo su pasión por el juego?

El rostro de James palideció horriblemente. Sheldon sonrió; su tiro había llegado al blanco.

—Escuche —dijo el joven, rehaciéndose—; es cierto que le firmo pagarés, pero no es lo que usted cree. No me fía a cuenta de la herencia de tío Egon, sino…

Se interrumpió bruscamente, apretando las mandíbulas con

fuerza.

—No añadiré una palabra más, picapleitos. Ahora, váyase y déjeme en paz, ¿estamos?

—Claro. —Prye terminó el contenido de su vaso y lo dejó a un lado—. Me iré, pero recuerde esto; la policía vendrá a interrogarle y medirá la longitud de sus pies. Y de sus zapatos. Traerán moldes tomados en el lugar donde pisó el asesino de Clavius Mackenson. Le recomiendo que vaya llamando a Vernon Farrell; la va a hacer más falta que para pedir la autopsia del cadáver de… de tío Egon.

Se dirigió hacia la puerta y, en aquel momento, sonó el zumbador de llamada.

James pasó por su lado, apartándolo de un empellón. Abrió la puerta.

—Cariño —sonó la voz de la pelirroja—. ¿Cómo te encuen…?

Delia Havers se interrumpió de pronto al ver a Sheldon.

—¿Qué hace aquí este enredador, James? —preguntó con voz tirante. Llevaba pendiente del brazo izquierdo una gran bolsa de cuero, casi un maletín.

—*No* le estaba contando que Fern Dorego tiene una llave de su apartamento, señorita Havers —sonrió Prye amablemente.

—¿Qué está diciendo? —chilló James.

—Lo que ha oído, exactamente. Sin quitar punto ni coma.

—¡Te está mintiendo! —aulló la pelirroja—. Es un buscalíos, un enredador, que quiere deshacer nuestras relaciones…

Prye continuó sonriendo.

—Señorita Havers, ¿cuántos años le ha dicho usted a James que cuenta? ¿Veinticinco? Puede pasar; su aspecto así lo indica, pero yo no rebajaría uno solo de treinta. Y, dígame otra cosa; ¿cómo le anima usted para que juegue y firme pagarés en «La Casita»? ¿Se vale de sus encantos personales, tan sugestivos e incitantes? ¿O emplea la bebida para que no se dé cuenta de lo que pierde ni de lo que firma? —Sheldon se quitó el sombrero con gesto lleno de urbanidad—. He tenido mucho gusto. Señorita Havers, señor Bowrie…

La pelirroja perdió los estribos súbitamente. Levantó el bolso que llevaba e intentó golpear al joven en la cara.

Sheldon recibió el golpe en el antebrazo izquierdo, recibiendo más daño del que hubiera esperado, pero lo resistió con cierta

facilidad. Sin dejar de sonreír, emprendió una prudente retirada, dejando a los dos prometidos entregados a una discusión que no se parecía en nada a un coloquio entre enamorados.

Al día siguiente, Irma le invitó a cenar.

—Quiero discutir con usted algunos aspectos en parte ajenos a su defensa como acusada de la muerte de Latimer. A las siete y media en punto, por favor.

—De acuerdo —contestó el joven.

Llamó a Molly.

—Irma Mackenson me ha invitado a cenar —dijo.

—La tiene en el Pote, jefe —contestó la secretaria pintorescamente.

—No diga tonterías, Molly. Parece ser que se trata de negocios. Según ha dicho ella, claro.

—¿Negocios? Ah, bueno, olvidaba que ahora es una rica heredera. Cuatro millones de dólares esperan un buen administrador, prudente e íntegro. ¿Quién mejor que el joven y afamado abogado Sheldon Emmanuel Washington Prye?

El joven se frotó la mandíbula.

—Por un lado, me gustaría; siempre daría lustre al bufete…

—Sin contar con los pingües ingresos que produciría esa administración, aun llevada con toda honestidad —manifestó Molly Flynn.

—Pero, por otro lado, no querría relacionarme ya más con Irma Mackenson, una vez haya terminado con este desdichado asunto.

Molly suspiró profundamente.

—Temo que su relación con Irma Mackenson haya de ser más larga de lo que usted mismo piensa —dijo con gran malicia.

Sheldon se puso colorado. Molly lo advirtió y emitió una risita, tras de lo cual se retiró, dejando a su jefe sumamente perplejo.

A las cinco y media salió de su despacho y se dirigió a su casa, con objeto de cambiarse de ropa para la cena. Cuando dejaba el auto, un vendedor de periódicos voceó atronadoramente a dos pasos de él.

Compró un ejemplar del *Evening Standard*. Los titulares respondían plenamente a los esfuerzos vocales del pillete.

¡HA SIDO DETENIDO EL ASESINO DE CLAVIUS

MACKENSON!

> «James Bowrie, sobrino de la víctima, ha sido detenido por la policía, que le ha acusado de haber dado muerte, de un disparo de revólver, a su tío Clavius Mackenson. En el domicilio del acusado han sido hallados unos zapatos, cuyas huellas corresponden plenamente a las que hallaron los expertos de la fuerza policial en las inmediaciones del lugar del crimen, todavía manchados de barro de dicho sitio. Bowrie niega terminantemente haber sido el autor de tan reprochable hecho, pero la policía ha presentado una acusación en toda regla y…».

Dobló el periódico, sumamente pensativo, pero menos satisfecho de lo que esperaba. ¿Era realmente James Bowrie el asesino de su tío? En tal caso, ¿cómo podía haber cometido la enorme imprudencia de conservar en su domicilio los zapatos que había utilizado el día del crimen? ¿No habría sido lo más sensato deshacerse de ellos, una vez ejecutado el delito?

¿Y el gancho y la cuerda de nylon? ¿Por qué no decía nada el periódico? Parecía sensato suponer, después de haber leído la información, que la policía no había hallado dichos objetos, pruebas que hubiesen completado el conjunto de la acusación que mandaría a Bowrie a la cámara de gas. ¿Era lógico deshacerse de la cuerda y el gancho y no de los zapatos?

Preocupado por lo que acababa de leer, subió a su apartamento, se desvistió y se metió en el baño, en donde estuvo un buen rato, revolviendo en su imaginación todos los detalles del caso, desde el momento en que Irma le llamó por primera vez. Al fin, dándose cuenta de que por ahora no conseguía nada positivo, salió de la bañera, se secó y empezó a vestirse de nuevo.

A las siete y media en punto, con un gran ramo de rosas rojas en la mano, llamaba a la puerta de la mansión de Irma. Marian, la pizpireta doncella, le recibió con una sonrisa llena de malicia.

—Pase al saloncito —dijo—. La señora le aguarda allí.

Marión tomó su sombrero. Prye se sentía un poco ridículo con las flores, pero comprendía que habiendo sido invitado a cenar por una dama, la etiqueta social le obligaba a corresponder de aquella

manera.

Irma estaba en el saloncito y se puso en pie al verle entrar, adelantándose para recibirle. La sonrisa que lucía en sus labios transformaba por completo su rostro, confiriéndole aún mayor atractivo que el que poseía habitualmente. Vestía un traje negro, escotado, de falda muy vaporosa, que dejaba su espalda al descubierto y, como de costumbre, llevaba en torno a su garganta de cisne las tres vueltas del collar de perlas falsas.

Tomó el ramo de rosas que le ofrecía el joven y hundió su rostro entre las flores.

—Son maravillosas, Sheldon —dijo, dirigiéndole una profunda mirada que causó estragos en el ánimo del abogado—. Gracias por habérmelas traído.

—Es un obsequio de invitado a anfitrión —sonrió él.

—Pero que da la sensación de que el invitado haya adivinado los gustos del anfitrión. ¿Sabía usted que las rojas son las flores que más me agradan?

—No, pero celebro que usted me lo confirme. ¿Se ha enterado de la noticia?

—Por favor —dijo Irma—, dejemos las cosas menos agradables para después de la cena. Más tarde hablaremos, ¿no le parece? Ahora, Marian nos servirá un «cocktail» y enseguida nos servirá la cena.

Irma colocó las flores sobre un gran jarrón de cristal tallado y luego tocó el timbre. La mesa estaba puesta en el saloncito, con exquisito gusto, con dos velas encendidas, lo cual le dijo a Sheldon que Irma se había tomado muy en serio su instrucción y educación para desempeñar el papel de una gran dama y poder atrapar a un millonario, como al fin había conseguido. Todos los detalles denotaban un refinamiento extraordinario, en el que también había una buena dosis de gusto instintivo, que no se adquiría por medios ajenos, sino que pertenecía de por sí a la persona.

Marian entró con una bandeja y dos copas. Irma las tomó y ofreció una al joven.

—Bebo en honor de los esfuerzos que ha realizado mi abogado por demostrar mi inocencia —dijo.

—Era algo que tenía que llegar por sí solo —sonrió él—. La verdad y la inocencia acaban siempre por resplandecer, pero

gracias, de todos modos.

Irma se reveló como una encantadora dueña de la casa, tan distinta de la mujer reservada y aun recelosa que Sheldon había conocido. La cena resultó magnífica y fue completada con una taza de excelente café y una copa de un coñac de maravilloso aroma y antigüedad indiscutible.

Entonces, cuando hubieron encendido los primeros cigarrillos, Irma; apoyando ambos codos sobre la mesa, le miró fijamente y dijo:

—Supongo que ahora querrá saber por qué le invité a cenar, ya que me parece lo suficiente inteligente para pensar que no lo hice sólo para hacerle conocer mis buenas cualidades de ama de casa.

—Así es —admitió el joven—. Hable usted, señora Mackenson.

—Bien, usted ya sabe que me gusta ir directa al grano, evitando rodeos. ¿Quiere encargarse de la administración de la fortuna que heredé de mi esposo?

CAPÍTULO XI

Molly Flynn tenía razón. Nadie como una mujer para conocer los pensamientos de otra mujer, se dijo Sheldon.

—No sé qué decirle —contestó, irresoluto.

—Los bienes de mi difunto esposo ascienden, en conjunto, a cuatro millones de dólares bien cumplidos —dijo Irma—. La ley es taxativa al respecto; son míos, mía es toda su fortuna y su hermana no tiene derecho en absoluto a un solo centavo de ese dinero. Egon tenía como administradora de sus bienes a una firma de abogados de la ciudad, pero puesto que la dueña soy yo ahora, resulta que esos señores no me agradan —en realidad, no tengo motivo particular alguno de queja contra ellos—, y quiero que sea usted el que me administre el capital. Es honesto e íntegro y ésas son cualidades que yo estimo por encima de cualesquiera otras —concluyó la joven—. ¿Qué me contesta, señor Prye?

Sheldon vaciló todavía. Cuatro millones de dólares, que debían estar bien invertidos y que, por lo menos, debían proporcionar un rendimiento bruto, neto, deducidos ya los impuestos, de trescientos mil dólares de renta anual. Veinticinco mil al mes… y a poco que percibiese como honorarios por dicha administración, tan sólo un cinco por ciento de los intereses, representarían unos ingresos fijos mensuales de más de mil doscientos dólares. Una bonita cantidad y una más hermosa propietaria.

—No estoy resuelto aún —dijo al fin.

—¿Por qué? ¿Es que sus conocimientos legales no alcanzan a los asuntos económicos? —preguntó Irma.

—Sí, pero…

—Si lo hace por delicadeza, déjela a un lado —aconsejó ella casi con ímpetu—. Es una fortuna adquirida con toda legalidad. Cuando menos, por parte mía.

—Pero no con lo que se podrían decir buenas artes del todo —

arguyó Prye.

La joven enrojeció tanto que el rubor alcanzó al nacimiento de sus senos, que se insinuaban mórbidos y de firmes curvas a través del escote del vestido.

—Hay otros medios peores de adquirir dinero —contestó envaradamente—. Por ejemplo, robar el dinero a los clientes en una sala de juego.

—Lo sé, no es necesario que me lo diga.

Irma aplastó su cigarrillo contra el cenicero.

—Piénseselo bien —dijo—. No le exijo una respuesta rápida, pero tampoco me gustaría que la dilatase indefinidamente. Dentro de tres días se leerá el testamento de Egon y, acepte o no, me gustaría que usted estuviese presente.

—Eso sí puedo hacerlo, pero lo otro… En fin, me lo pensaré, señora Mackenson. La cena estuvo exquisita. —Se puso en pie.

—¿Se va? ¿Tan pronto? —preguntó ella, un tanto decepcionada.

—Olvida usted que yo pertenezco a las personas que madrugan para trabajar —sonrió Prye.

—Es cierto, pero apenas son las nueve y media de la noche —dijo Irma.

Hizo una corta pausa y añadió:

—Además, creo que teníamos que hablar de otra cosa.

—Sí. Ha sido detenido James Bowrie.

—Ahora verán que fue él quien mató a Latimer también.

—Si quiere que le diga la verdad, yo no estoy muy convencido de que haya sido él quien cometió los hechos.

Irma abrió mucho los ojos.

—¿Por qué? Las pruebas resultan inconfundibles.

—Sí, pero… eso no es lógico. El asesino usó una cuerda con gancho, la cual dejó huellas en las ventanas de Clavius y de Latimer. ¿Por qué esconder tales objetos y no los zapatos? ¿Es ése el proceder congruente de un hombre que trata de ocultar las pruebas que pueden acusarle?

—Tal vez no tuvo tiempo —alegó Irma.

—¿De veras? Habían transcurrido más de veinticuatro horas entre el momento de cometerse el crimen y el de su detención. En ese espacio de tiempo, yo soy capaz de hacer desaparecer una zapatería completa.

—Eso me hace pensar que usted trata de sugerirme que alguien tendió una trampa a James.

—Es posible —admitió el abogado.

—¿Quién?

Sheldon se encogió de hombros.

—Hasta ahí no llego —respondió—. Lo principal, sin embargo, está hecho. Es de esperar que, a la vista de lo ocurrido, la policía retire la acusación totalmente contra usted, que era mi misión.

—Cumplida la cual, se retirará por el foro —dijo ella, mirándole con una expresión singular.

—Es lo más probable —concordó Prye.

Sobrevino un momento de silencio. Prye contempló a la joven. Era muy hermosa… pero había dedicado todos sus afanes a procurarse la riqueza y lo había conseguido al fin. A los ojos del abogado, Irma desmerecía considerablemente cada vez que pensaba en ello Irma pareció adivinar sus pensamientos. Dio un paso y se acercó hacia él, hasta casi tocarle con el pecho, que subía y bajaba acompasadamente. Levantó los ojos y los fijó en los del joven.

—No me juzgue mal del todo —murmuró—. He tenido una infancia amarga y una juventud horrible Muchas veces, no era sólo comida lo que necesitaba sino… compañía… la compañía de un hombre bueno amable, cariñoso, desinteresado… pero no pude hallar lo. Tal vez, en caso contrario, no habría hecho nada de lo que usted conoce… Sheldon. —Le llamó por su nombre por primera vez.

Prye carraspeó.

—Nadie estamos en situación de tirar la primera piedra, señora Mackenson —murmuró.

—Irma, Irma solamente, se lo ruego —dijo ella, mirándole con expresión suplicante.

Por un instante, Sheldon estuvo a punto de dejarse llevar. Los ojos de Irma, sus labios entreabiertos, su respiración alterada, que hacía resaltar con rítmicos intervalos las firmes redondeces de su busto, la tersura de su piel y el leve aroma que se desprendía de su cuerpo joven y limpio, fueron factores que estuvieron en un tris de conducirle al naufragio. Y él sabía que Irma no hubiera rechazado cualquier avance que hubiese realizado.

Pero supo contenerse, al parecer, con gran desencanto de la joven.

—Mañana tengo que madrugar —murmuró—. Recordaré esta velada… Irma. Buenas noches.

—Buenas noches, Sheldon —contestó ella entrecortadamente.

A la mañana siguiente, apenas acudió al despacho, Hugh Stinnes, uno de sus más eficaces investigadores, le proporcionó un informe sensacional.

—«La Casita» es una empresa propiedad de tres personas, jefe. Fern Dorego tiene el cincuenta por ciento de la propiedad. El otro cincuenta, se lo reparten, se lo repartían, mejor dicho, en dos mitades iguales, Clavius Mackenson y Dina Bowrie.

Prye se quedó con la boca abierta.

—¡Diablos!

—Tres veces «¡Diablos!» —exclamó Molly pintorescamente, que había asistido al informe.

—Creo que con eso ya tiene bastante para actuar, ¿no, jefe? —dijo el agente. Y se marchó, dejando solos al joven y a su secretaria.

—Nunca lo hubiese creído —murmuró Prye.

—Hay un refrán que menciona a la liebre y sus saltos en los lugares más imprevistos —dijo Molly filosóficamente—. ¿Cuál va a ser el próximo suyo, jefe?

—Mi próximo, ¿qué? —repitió él, distraído.

—Su siguiente salto. Lo que hará ahora, que conoce esa información —le aclaró la joven.

—Pues…

Prye no sabía qué pensar. La noticia le había cogido por completo de improviso y no acababa de coordinar sus pensamientos.

Molly preguntó:

—¿Qué tal la cena anoche, jefe?

—¿La… cena?

—Sí. Estaba invitado por la señora Mackenson. No me irá a decir ahora que rechazó la invitación.

—No. Claro que no. Fui… estuve…

—Y le ofreció la administración de sus cuatro milloncejos.

—Sí.

—Y usted, ¿qué dijo?

Prye la miró lastimeramente.

—Todavía no sé qué hacer —confesó.

—Ella es joven, hermosa y libre. Si yo estuviese en su pellejo, esperaría un plazo prudencial y dentro de un año estaría administrando el dinero de la que ya sería exviuda, en calidad de marido.

Sheldon pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Maldición! No me gustaría casarme con una mujer infinitamente más rica que yo.

—Pues ella no le haría muchos ascos a usted, estoy segura —contestó Molly con desenvoltura. Y se volvía a su despacho, dejando a Prye lleno de perplejidad, a causa de los problemas de toda clase que afluían a su mente.

Pero poco más tarde, llegó a una decisión. Agarró el sombrero y el impermeable y se marchó a ver a su amigo, el teniente Robinson.

El policía le recibió con la amabilidad de costumbre, Esta vez, Prye aceptó la taza de café con que el otro le obsequió, tras lo cual le preguntó por el estado de sus investigaciones.

—Bowrie sigue negándose a confesar.

—Es lógico —dijo el joven—. Como que él no mató a su tío.

—No me gustan cierta clase de bromas —refunfuñó Robinson—. Las huellas de sus zapatos…

—¿Y qué me dices de la cuerda y el gancho? ¿Los has encontrado?

—No, pero…

—Ponte tú en el lugar del acusado. Bowrie tendrá muchos defectos, pero no es un chico torpe. No inventara un nuevo tipo de cohete espacial, pero, vamos, tampoco es un mulo.

—Aclárate de una vez —rezongó el policía—. ¿Qué diablos te traes ahora entre manos?

—Pues que no es lógico esconder la cuerda y el gancho y dejar, en cambio, los zapatos a disposición del primero que quiera buscarlos, como hicisteis vosotros, en cuanto os disteis cuenta de que Bowrie era en chico alto, fuerte y recio, cuya complexión correspondía, más o menos, a las huellas grabadas en el barro. ¿Está claro, Rob?

El policía se quedó perplejo.

—Entonces, si no ha sido él, ¿quién diablos mató a su tío?

—Pues… no tendría nada de particular que la orden hubiera salido de «La Casita». Y si yo estuviese sentado ahí, en ese sillón,

enviaría a un agente a proteger a la madre de tu acusado.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que Clavius Mackenson era el dueño del veinticinco por ciento de «La Casita» y su hermana, Dina Bowrie, posee otro veinticinco por ciento. El resto, es decir, hasta el cincuenta por ciento de la empresa, pertenece a Dorego.

Los ojos del policía expresaron el asombro que sentía.

—¡Demonios!

—Eso mismo dije yo, cuando me enteré esta mañana —sonrió Prye.

—¿Cómo lo supiste?

—Tenía a dos investigadores tras las huellas de ambos hermanos. Uno de ellos fue el que me proporcionó el informe.

Robinson se frotó vigorosamente la mandíbula.

—Entonces… Dorego pretende quedarse como único dueño de «La Casita» y, para conseguirlo, recurre al asesinato.

—Es muy probable —convino Prye.

—Bien, pero ¿qué me dices de Latimer? ¿Qué diablos tenía que ver el mayordomo con este jaleo? Podía suponerse, poniéndonos en el peor de los casos, que Irma Mackenson hubiera asesinado a su esposo y que Latimer, testigo del crimen, hubiera sido asesinado a su vez para evitar una posible delación. Pero esta muerte no tiene relación, en absoluto, con la de Clavius Mackenson.

—¿Qué no? —sonrió el abogado—. ¿Y las huellas del gancho?

Robinson se agitó nerviosamente en su asiento.

—Me has metido en un verdadero brete, Sheldon —se quejó.

—Tu obligación, como la mía, es luchar por la verdad.

—Sí, ya lo sé, pero… Parece como si ahora te hubieras pasado al bando de los que atacan a tu cliente.

—Nada de eso. Cuando resplandezca la verdad completa, el buen nombre de mi cliente quedará automáticamente limpio de sospecha. Y eso es lo que pretendo, aparte de que, antipatía o no hacia Bowrie, tampoco me gustaría que un inocente fuese gaseado por un crimen que no ha cometido.

—En eso tienes razón —masculló el policía—. Pero mientras no encuentre otras pruebas, no puedo soltarlo.

—Tampoco te pido que lo hagas, Rob.

—Entonces…

—Deja que esta noche vaya yo a «La Casita». Tal vez averigüe allí algo que merezca la pena conocerse, ¿no te parece?

CAPÍTULO XII

La animación era notable en el club nocturno.

Cuando Sheldon llegó, un par de malabaristas femeninas, vestidas sucintamente, realizaban una serie de ejercicios de mérito notable. Al terminar su actuación, las dos chicas fueron despedidas con una salva de aplausos.

Salió una vocalista, que se agarró al micrófono como si el aparato fuese un bocadillo de jamón y no hubiese comido en una semana. Su voz era corrientita, como la de muchas otras, reconoció el abogado.

Sorbió pensativamente el combinado que había pedido en la barra. Mientras tanto, sus ojos se movían Escrutadoramente, buscando algo que no acababa de encontrar, por más esfuerzos que hacía.

Concentró su mente durante algunos momentos. Al fin, creyó haber hallado la solución.

Abonó el importe de la comida y salió del local, deteniéndose en la puerta. El falso español que guardaba la entrada, le saludó obsequiosamente.

—¿Taxi, señor?

—No, gracias. He traído mi coche y… ¿Sería usted tan amable de traérmelo hasta aquí?

Envolvió la petición en un billete de veinte dólares. El portero vaciló, lanzó un par de hondos suspiros, miró primero hacia adentro y luego lanzó una ojeada circular al exterior. Al fin, decidiéndose, murmuró:

—Lo haré como un favor especial, señor; pero tengo prohibido abandonar la puerta.

—Yo la cuidaré por usted —sonrió el joven—. Es un «Mercury 62» rojo y blanco.

Su coche era un «Ford 63», color gris oscuro. El portero picó

incautamente.

Apenas se hubo quedado solo, el joven revisó minuciosamente el lugar donde solía permanecer el sujeto de continuo. Sabía que, si la policía hacía una incursión repentina, el primer toque de alarma debería provenir de la entrada principal, a fin de permitir esconder las mesas de juego con tiempo suficiente para no ser sorprendidos en algo delictivo. Disponía de pocos segundos y se aplicó a buscar la alarma con todo ahínco.

La encontró con mayor rapidez de lo que había pensado. Era una loseta de color algo distinto a las de más, situada a un lado, de modo que no pudiera ser pisada fácilmente. En todo caso, el portero tendría convenido un código determinado, por si alguien pisaba la loseta inadvertidamente y ponía en funcionamiento el mecanismo de una alarma innecesaria.

Ya tenía un fuerte cortaplumas en las manos. Insertó la hoja en una de las ranuras y levantó la loseta con todo cuidado. Sonrió al ver que había acertado con relativa facilidad; claro que, si bien se miraba, no podía ser de modo muy distinto.

La navaja cortó fácilmente el cable de transmisión de la señal eléctrica. Dobló la hoja y colocó la loseta en su sitio, colándose de nuevo en el interior del local.

El portero volvería y no le encontraría. Se extrañaría, maldeciría por haber sido alejado de allí, pero callaría por su propia seguridad, ya que había desobedecido las órdenes de su jefe, abandonando la vigilancia de la puerta. Sheldon encendió un cigarrillo y regresó al bar.

Puso un billete de cinco dólares delante de sí y miró al *barman intencionadamente.*

—¿Moss?

—Al momento, señor. —El billete «voló» en fracciones de segundo.

Moss vino cinco minutos más tarde. Su rostro de piedra parecía más duro que nunca.

—El señor Dorego dijo que no quería verle nunca más por aquí —gruñó como primer saludo.

Sheldon se miró las uñas.

—Gorila, dígale a su domador que haga el favor de recibirme. Yo le haré el favor de no dejarme el dinero en su desplumadero, así

que estamos en paz. Vamos, mueva las rótulas.

Moss se quedó tan asombrado que no acertó a cerrar la boca. Luego reaccionó y por un momento pareció que iba a arrojarse contra el joven, pero lo pensó mejor y giró bruscamente sobre sus talones.

Volvió sesenta segundos más tarde. La hosquedad de su cara se había acentuado, si cabía.

—Sígame —dijo lacónicamente.

Mientras caminaba, Sheldon Prye se preguntó porqué hacía una cosa semejante. Estrictamente, no le correspondía a él demostrar la inocencia de James Bowrie, pero, por otro lado, sabía que, hallando al asesino, el buen nombre de Irma Mackenson quedaría limpio de toda mancha.

«¿Es que te has enamorado de ella, pedazo de idiota?», se preguntó sintiéndose de repente acometido de un acceso de mal humor.

Entró en el despacho de Dorego, quien le miró con escasa, amabilidad.

—¿Qué es lo que quiere usted, maldito picapleitos? —le espetó, a guisa de saludo.

Prye movió la mano en sentido circular.

—Lo primero, que se vayan estos monos —dijo—. Quiero hablar a solas con usted… —Extendió lo brazos—. Permitiré que me registren, a fin de que se convenza de que no llevo un arma encima.

Dorego se mordió los labios. Al fin, hizo un gesto.

—Largaos, chicos.

Moss, Juke y Slim salieron del despacho. Una vez se hubo cerrado la puerta, Prye se sentó en un ángulo de la mesa y, alargando la mano, tomó un cigarrillo de una caja que había encima de la misma.

—Dorego, ¿qué sabe usted de la muerte de Clavius Mackenson?

La cara del dueño del club se mantuvo hermética.

—Lo que dice la Prensa.

—¿De verdad?

Dorego extendió los brazos como había hecho Prye antes. Tuvo un rasgo de humor.

—Que me registren —dijo.

—Oh, sí le registrásemos… —sonrió el abogado—. Seguramente

le hallaríamos encima un puñado de pagarés firmados por James Bowrie a cuenta del veinticinco por ciento que posee su madre en este local, ¿no es cierto?

El rostro de Dorego se transformó.

—Salga —tronó—. Váyase de aquí o…

—Es posible —continuó el joven sin inmutarse—, que el valor de esos pagarés supere, incluso, al valor de ese veinticinco por ciento. En tal caso, usted continuaba concediéndole crédito, esperando una de estas dos cosas: que recibiera dinero de la herencia de Egon Mackenson o que lo recibiera de la otra herencia, es decir, de la de su otro tío Clavius, cuyo veinticinco por ciento pasa ahora a manos de la señora Bowrie. En todo caso, no sólo no perdía nada, sino que, a la larga, acababa quedándose como único dueño de «La Casita». ¿Me equivoco?

—¿Trata de acusarme de asesinato? —masculló Dorego.

—Escuche —dijo Prye—. Juke y Slim son dos sujetos incapaces de mascar una galleta, si antes no se les da la orden de hacerlo. Cuando fueron a mi casa, con las intenciones de amedrentarme para que no atendiera a los intereses de la señora Mackenson, ¿cree que lo hicieron por propia voluntad? No, señor; los envió usted… ¡y usted, además, conoce el nombre del asesino de Clavius Mackenson! ¿Sabe la pena que puede recaerle al que encubre al autor de un homicidio? ¿O quizá es usted el inductor de ese asesinato y el de Irving Latimer, puesto que ambos han sido cometidos por la misma persona?

—Está imaginando cosas que sólo han existido en su calenturiento cerebro —respondió Dorego, pero su voz era ya menos firme que antes.

—Escuche esto que voy a decirle: Clavius y Dina le pidieron auxilio a usted, para poder conseguir por lo menos la mitad de la herencia de Irma Mackenson. Son socios en el negocio y los socios se han de ayudar en todo, ¿verdad? Lo primero que se les ocurrió fue acusarla de haber matado a su propio esposo y, al fin de apoyar todavía más este aserto, asesinaron a un pobre infeliz que no tenía nada que ver en este asunto, pero del cual podía suponerse muy bien que había estado en condiciones de presenciar el hipotético asesinato de Egon Mackenson. Por conseguir cuando menos dos millones, estaban dispuestos a cualquier cosa… y usted pensaba

recibir una buena parte de ese botín a través de Delia Havers quien, oficialmente prometida de James Bowrie, sigue siendo su… amiga. Delia es el «gancho» del cual se ha servido usted para que James se haya hundido hasta el cuello en un saco repletó de pagarés, ¿no es cierto?

Dorego se echó hacia atrás. Sus ojos brillaban con furia asesina.

—Si no sale de aquí antes de un minuto, llamaré a mis hombres y haré que lo saquen a pedazos —dijo.

Sheldon no se asustó.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre? ¿Amenazarme porque le he dicho la verdad de lo que sucede?

—Una sarta de embustes, que no es lo mismo. Ésa es una acusación que no aceptaría ni el más inepto de los policías.

—Es que ningún policía sabe, por ahora, que usted y los dos hermanos Mackenson eran socios en el negocio —mintió el joven—. Pero va a ser cosa de avisar al teniente Robinson, a fin de que ponga vigilancia en casa de Dina Bowrie. Me imagino que el contrato estará establecido sobre la base de que si uno o más socios mueren, él o los supervivientes tendrán derecho preferente de adquirir la parte del fallecido. Y como usted ya tiene en su poder una serie de pagarés firmados por James, pagarés que, estoy seguro, rebasan ampliamente el veinticinco por ciento de su madre, ahora sólo le falta que esta haga efectiva la herencia, para usted sacar a relucir tales pagarés y quedarse con todo el negocio por cuatro dólares. Y si Dina se mostrase reacia a vender, cosa muy probable, ya que me parece de una tacañería extraordinaria, usted podría seguir con ella el mismo procedimiento que con su hermano. Tiene a sus órdenes a varios gorilas, alguno de los cuales debe poseer cualidades de buen gimnasta. ¿Quién de ellos se encargó de liquidar a Latimer y a su socio Mackenson?

—No voy a continuar tolerándole más impertinencias —respondió acremente Dorego—. De nuevo voy a darla ese minuto de plazo que mencioné antes para que se largue de aquí. Si no lo hace…

Sheldon emitió una amplia sonrisa.

—En sesenta segundos se pueden hacer muchas cosas. Entre ellas, una llamada telefónica y hacer que vengan las patrullas de la División contra el Vicio y allanen su local.

Dorego se reclinó en su asiento, sonriendo desdeñosamente. Alargó la mano.

—Allí tiene el teléfono —dijo—. Úselo, por favor.

—Gracias —contestó el abogado—. Es usted muy amable. —Marcó un número—. ¿Jefatura de Policía? Póngame con la División contra el Vicio… ¿División contra el Vicio? Soy el abogado Sheldon Prye. Deseo denunciarles que en el club denominado «La Casita» hay una sala reservada, dedicada al juego… Sí, pueden venir cuando quieran; sorprenderán a los asistentes con las manos sobre las mesas de juego… Controlen mi llamada si quieren y hablen con el teniente Robinson, de Homicidios; él me garantiza… De nada, a mandar.

Colgó el teléfono y miró sonriente al rufián.

—Ya está —dijo.

—Hombre —contestó Dorego—, voy a dejarle esperar aquí, para que vea que a mí no me sorprende tan fácilmente.

—Muchas gracias. —Sheldon tomó un cigarrillo y lo encendió—. Como se lo llevarán detenido, el jefe de la División contra el Vicio se lo pasará luego al teniente Robinson. Estoy seguro de que éste deseará hacerle muchas preguntas acerca de los dos asesinatos que hemos mencionado.

—Dudo mucho de que lo consiga —dijo el dueño del local secamente.

Pasaron quince minutos. Una sirena policial se oyó en lontananza.

A poco se oyó rumor de pies que calzaban pesados zapatones. Dorego se puso pálido.

Comprendió que, de algún modo, no había funcionado la alarma y que de todo ello tenía la culpa el hombre que estaba frente a él. Una oleada de cólera hirvió dentro de su ánimo.

Lanzando un rugido, abrió el cajón derecho de su mesa, con ánimo de sacar la pistola que tenía guardada allí. Pero Sheldon no le perdía de vista y, apenas observó el gesto, hizo lo que ya había pensado desde un principio.

Con la mano derecha, agarró la gruesa carpeta de cuero que había sobre la mesa y la movió horizontalmente, alcanzando al rufián en el puente de la nariz. Dorego lanzó un aullido de dolor y se desplomó hacia atrás, soltando la pistola que apenas había tenido

tiempo de tocar.

Prye giró ahora sobre la mesa en que estaba sentado y saltó al otro lado, recogiendo el arma, que era un revólver de calibre 38. Apenas lo había cogido, se abrió la puerta.

Era Moss y el pánico vibraba en su voz:

—¡Jefe, la policía está en la sala de juego!… —se interrumpió al ver a Dorego medio caído en el suelo, incapaz de defenderse, y al abogado tras la mesa.

Lanzó un rugido de rabia y sacó la pistola. Sheldon se le anticipó y disparó, alcanzándole en un hombro. Moss dejó escapar un aullido de dolor y cayó de rodillas.

En aquel momento entraron varios hombres, entre los que figuraba el teniente Robinson.

—¡Cuidado! —gritó el joven, lanzando el revólver a un lado—. No tiren, soy Sheldon Prye.

Robinson miró al pistolero herido y luego al abogado. Sonrió:

—Sheldon, te estás portando como un héroe de película del F.B.I. Tu dama se derretirá mañana en tus fuertes brazos.

—No digas tonterías —gruñó el joven, molesto. Señaló a Dorego —. Más vale que te lleves a este pájaro a tu despacho y le aprietes las clavijas. Estoy seguro de que tiene muchas cosas interesantes que contarte.

—Yo también —sonrió Robinson, avanzando hacia el impotente Dorego.

CAPÍTULO XIII

El rostro del teniente Robinson no aparecía tan animado al día siguiente.

—He tenido que soltarlo —explicó a Prye—. Posee coartadas indestructibles en los dos casos y, sin tener ninguna prueba concreta contra él, nos resulta imposible acusarle siquiera de conspiración para perpetrar un homicidio.

—¿Y la cuestión de su sala de juego?

—Se le ha impuesto una fuerte multa y se le ha clausurado el local. El juez le condenó también a un mes de cárcel, pero vino su abogado y depositó fianza, por lo que ha salido a la calle. ¿Qué otra cosa podíamos hacer nosotros? —comentó Robinson decepcionado.

Sheldon reflexionó unos momentos.

—Bueno, quizá hagamos algo por otra parte. ¿Te importaría que hablase unos minutos con Bowrie?

—No, en absoluto. Diré al sargento Renfield que te acompañe a su calabozo.

El rostro de James Bowrie expresaba claramente la depresión que le poseía. Tenía los ojos inyectados en sangre y el vello negreaba sus mejillas.

—¡Usted me ha metido en este infernal jaleo! —aulló, apenas divisó al abogado.

—Cállese, estúpido —le apostrofó Sheldon—. Es usted un solemne idiota. ¿Es que no veía que su prometida no hacia otra cosa que incitarle a jugar para que perdiese y seguir así firmando pagarés, que un día presentaría Dorego al cobro? Esos dos tipos son cien veces más astutos que usted y jugaron con usted como el gato con el ratón. Delia es, oficialmente, su prometida, pero Dorego continúa conservando la llave de su apartamento. ¿Comprende ahora lo que quiero decirle?

—¡Ésa es una indecente mentira! ¡Aunque ella no haya venido a

verme…!

—Lo he visto yo, y no hablo por otros, sino por mí mismo —le atajó el abogado—. Y tampoco tengo interés en engañarle, pero si usted quiere seguir engañado, no me preocuparé demasiado. ¿Qué abogado le defiende a usted?

—Farrell, claro —contestó el muchacho de mala gana—. Pero soy inocente, yo no maté a mi tío.

—Yo también lo creo así, aunque la policía no es de la misma opinión. ¿A cuánto asciende el importe de los pagarés que firmó usted a Dorego?

—No estoy seguro. Setenta, ochenta mil dólares, tal vez.

El joven silbó.

—Una buena suma. ¿Sabe cuál es el valor de la empresa? Me refiero a «La Casita», naturalmente.

—Creo que unos doscientos mil, en total. Beneficios aparte, claro.

—Le tendieron una encerrona, no hay duda.

—Entonces —James se agarró con fuerza a los barrotes de su reja—, ¿fue él quien ordenó el asesinato de mi tío?

—No —murmuró el joven, sumamente pensativo—, aunque sí tengo la seguridad que, de un modo u otro, está relacionado con ese asunto. Y en interés de mi cliente, voy a trabajar a fondo hasta dejarlo totalmente resuelto. Ya le comunicaré algo, apenas lo sepa.

Regresó a su despacho, pues no podía abandonar totalmente sus otros asuntos. Con gran extrañeza vio que le atendía la mecanógrafa.

—¿Dónde está Molly? —preguntó.

—Me dio un recado para usted —contestó la chica—. Dijo que ella y Neare se habían arreglado por fin y que se iban a casar hoy mismo. Dijo también que se tomaba una semana de vacaciones y que ya volverían; que yo podía ocupar su puesto y que Stinnes tomaría el de su esposo, si era necesario.

A pesar de sus preocupaciones, Sheldon encontró hueco para una sonrisa. Miró hacia la ventana; la lluvia de los días precedentes había cesado y lucía un sol radiante.

—Debe ser la fiebre de la primavera que está llegando ya —comentó con excelente humor—. Bien, Mary, al trabajo.

Estuvo despachando asuntos hasta las doce y media, en que hizo

el alto del «*lunch*» de mediodía. Entonces se le ocurrió que tal vez Delia Havers podía aclarar el enigma. En el curso de su entrevista, James se había quejado de que la opulenta pelirroja no había ido a visitarle una sola vez, lo cual era una corroboración de las afirmaciones del abogado.

Media hora más tarde, se hallaba ante la puerta del apartamento de Delia Havers. La joven salió a recibirle instantes después.

Delia le miró de reojo. Aunque ya no vestía vaporosamente en aquel momento, como la última vez que la vio el joven, seguía cubriendo su cuerpo con un vestido tan extremado como era su norma. Pero la dureza de sus ojos rebajaba considerablemente la belleza de sus facciones.

—Se ve que estoy destinada a sufrirle a usted por el resto de mis días —comentó ácidamente—. ¿Qué código se le ha roto ahora, picapleitos?

—Muchos se han roto estos días y yo ninguno —contestó el joven—. Pero puede que usted haya arrancado alguna página de esos códigos.

—No me diga —se burló ella descaradamente—. ¿Va acusarme a mí ahora de las cosas que haya podido hacer James?

Sheldon la empujó suavemente hacia adentro.

—Aquí, en el corredor, se habla incómodamente. ¿Por qué no me prepara un buen trago, eh, preciosa?

Delia pareció deponer un tanto su actitud hostil. Giró sobre sus talones y caminó hacia adentro, haciendo ondular exageradamente sus pomposas caderas. Abrió el aparador y sirvió los licores.

—Bueno, hable de una vez, abogado —pidió.

—El chico está enojado porque usted no ha ido a verle —manifestó Sheldon.

—Bueno, no he tenido mucho tiempo. Iré mañana —contestó la pelirroja desenvueltamente.

—James está en un lío gordo. ¿Por qué no le ayuda usted?

—¿De qué manera?

Prye decidió tantear a la joven.

—Bueno, si usted declarase que estaban juntos a la hora en que se cometió el crimen…

Ella vaciló.

—Sería una mentira, ¿no le parece?

—Se dicen tantas en los tribunales —suspiró Prye.

—De eso usted debe entender un rato. —Delia le miró de reojo.

Sheldon sonrió.

—Bueno, soy abogado —dijo con fingida modestia.

—¿Va a defenderle usted? —preguntó Delia.

—No, ya tiene abogado. Pero me gustaría ayudarle, aunque sólo sea por simpatía.

Delia le miró de soslayo.

—¿Simpatía?

—Bueno, a mí me parece que ese chico se ha metido en un lío gordo, sin saber lo que se hacía, eso es toda. ¿Por qué no le ayuda, como le he dicho?

La pelirroja titubeó de nuevo.

—No sé qué hacer…

Sheldon se puso en pie. Dejó el vaso sobre el aparador. Era la hora de lanzarse a fondo.

—Ahora, cuando me vaya yo, llame a Dorego y consúlteselo —dijo—. Lo más seguro es que conteste que James se vaya al infierno. Una vez que le han sacado ochenta mil dólares en pagarés, ¿qué diablos puede importarles a ambos lo que le ocurra al muchacho?

Los ojos de Delia centellearon vivamente. Impasible Prye continuó:

—Usted colaboraba eficazmente en la tarea de hacerle jugar. Perder, era ya cuenta de la casa, ¿no? Y tanto si Dorego se hacía con el control total de la empresa, como si el muchacho conseguía un buen pico de la fortuna de Irma Mackenson, el éxito estaba asegurado en ambas direcciones, ¿no es así?

Hubo un momento de silencio. El rostro de Delia aparecía deformado por una mueca de intensísima furia.

Repentinamente, sin previo aviso, levantó la mano derecha y arreó al joven una tremenda bofetada en lo alto de la mejilla. La violencia del golpe fue tal, que Sheldon rodó por tierra, semiinconsciente, aturdido, desconcertado.

Sacudió la cabeza. Haciendo un esfuerzo se puso en pie.

—El enojo no resuelve nada —dijo trabajosamente—. Y es una lástima que sea usted una mujer y no un hombre; le daría una respuesta adecuada.

Delia sonrió con aire de mofa. Por segunda vez movió su brazo

derecho, ahora con el puño cerrado y con tal rapidez, que Sheldon, como la vez anterior, no tuvo tiempo de esquivar el golpe, que recibió en el ojo izquierdo. Sin embargo, pudo evitar la caída, aunque para ello hubo de agarrarse a un mueble.

—Vamos —dijo ella retadoramente—, devuélvame los golpes, ¿quiere?

Tenía ambas manos apoyadas en las caderas y estaba muy erguida, sacando los senos exuberantes, en una doble exhibición de su incitante hermosura y de su habilidad para la defensa propia.

Sheldon se esforzó por sonreír.

—Con ciertas damas, no se puede discutir —contestó—. Me considero un hombre afortunado al no ser Dorego. Ni James Bowrie.

—Largo, buscalíos —le despidió ella ofensivamente.

Prye abandonó el apartamento, bastante humillado y decepcionado. Una vez en la calle, buscó una tienda de óptica y se compró un par de gafas de color; sabía que el ojo se le estaba amoratando ya y no quería que se le viesen los resultados del golpe.

Regresó a su bufete. Mary, la mecanógrafa, le informó que tenía una visita en su despacho.

—¿Quién es? —preguntó.

—La señora Mackenson —contestó Mary.

Sheldon entró en la estancia.

—Buenas tardes, Irma —saludó.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ella.

—Bien, gracias —contestó Prye, sintiendo aún en su boca el amargor de la derrota.

—Parece usted un poco enojado —observó Irma.

—Son las preocupaciones de la profesión —manifestó el joven evasivamente—. Dígame, ¿qué asunto le ha traído por mi despacho?

—Le llamé por teléfono, pero su empleada me dijo que estaba ausente y que no sabía cuándo regresaría. En vista de ello, decidí esperarle aquí.

—¿Y bien?

—Mañana se procede a la lectura del testamento de Egon. Quiero que asista usted como consejero legal mío para cualquier duda que pueda surgir.

—Conforme. ¿A qué hora es?

—A las diez en punto de la mañana, en el despacho de la firma que cuidaba de los intereses de mi esposo.

—Seré puntual —prometió el joven—. ¿Eso es todo?

Irma se mordió los labios. Sheldon comprendió que la joven había ido allí, más que por comunicarle algo que ya sabía, por verle. Ello le hizo sentirse desdichado; era una mujer que había dedicado unos cuantos años a conseguir la riqueza y, ahora que ya la tenía, buscaba un esposo joven y bien parecido, como lo era él, no había por qué negarlo. Pero lo peor del caso no era conocer las intenciones de la joven, sino saber que estaba enamorándose irremisiblemente de ella y que no podía hacer nada por evitar los progresos de tales sentimientos.

—Bien —contestó ella en tono irresoluto—, me… me gustaría invitarle a cenar otra noche. Cuando usted quiera, desde luego.

«Ya está. Tendiéndome sus redes… y yo caeré en ellas», pensó furiosamente.

—Ya hablaremos de ese asunto. Primero, despachemos la testamentaría. Después…

El ojo le dolía. Instintivamente, sacó un pañuelo y se quitó las gafas.

Irma observó la maniobra y la huella amoratada del golpe.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Nada. Tropecé con una puerta —mintió Prye.

—¿Una puerta? —repitió ella maliciosamente—. Vamos, vamos, quedamos en que seríamos francos. ¿Quién le golpeó?

—Me da vergüenza decírselo, Irma.

La joven sonrió.

—¿Intentó propasarse con una mujer? —preguntó maliciosamente.

—Oh, no, no soy de esa clase de hombres. Simplemente, le hice unas cuantas preguntas y… Bueno, me arreó a gusto, eso es todo. Naturalmente, no le iba a contestar de la misma forma.

—Pues a juzgar por la señal, cualquiera diría que es una mujer de una fuerza excepcional —comentó Irma—. ¿Es gimnasta profesional o algo por el estilo?

—No. Es…

Sheldon abrió la boca y se quedó así unos segundos.

—¿Qué le pasa? —preguntó Irma, atónita.

El abogado cerró la boca.

—Nada. En absoluto. No pretenderá que cometa una indiscreción, mencionándole el nombre de la dama, ¿verdad?

Irma pareció sentirse molesta.

—Creo que tendré que retirar la invitación a cenar —dijo secamente, a la vez que se ponía en pie—. De todas formas, lo cortés no quita a lo valiente, y usted ha demostrado ser buen abogado. Hasta mañana a las diez.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO XIV

El teniente Robinson le llamó a la mañana siguiente, apenas llegó a su despacho. Estaba furiosísimo.

—Oye, ¿qué infundio es este que cuenta el «Triumph»? ¿De dónde diablos te has sacado esa delirante información?

—¿Cómo sabes que soy yo el autor del lío? —preguntó el joven, sonriendo.

—Me lo ha dicho Pete Prentiss, el periodista que redactó la información. Dice que tú se la facilitaste, pero que me ahorquen si todo no es más que una sarta de mentiras. Bowrie continúa preso…

—Bueno, tal vez mañana, a estas horas, lo hayas puesto ya en libertad —sonrió Prye—. ¿Es que no has oído hablar nunca de la caña de pescar, del sedal, del anzuelo y del cebo?

Y colgó el teléfono, antes de que el colérico y sorprendido Robinson pudiera darle una respuesta.

Irma Mackenson aparecía también irritadísima cuando se la encontró en el antedespacho de los abogados que debían ejecutar la testamentaría de su esposo.

—¿Qué miserable infundio es ese que cuenta hoy el «Triumph»? —preguntó, pálida de rabia—. ¿De dónde se han sacado que James y yo vamos a deponer nuestras diferencias y que es muy posible que dentro de poco suenen campanas nupciales para los dos?

—He sido yo el autor de la fábula —contestó Prye amablemente —, así que no eche a otros culpas que sólo son mías.

Irma le miró coléricamente.

—Pero ¿por qué ha dicho una cosa semejante? ¿Es que no se da cuenta de que es la mentira más grande que he oído en todos los días de mi vida? ¿Casarme yo con ese inútil? Ni aunque me quedase sin un solo centavo y él tuviese cien millones lo haría, puede estar seguro de ello.

—Cuánto me alegro —dijo Sheldon, muy satisfecho—. Pero, por

favor, veo aquí ya al abogado Farralon, que viene a llamarnos para la lectura del testamento.

La diligencia se efectuó rápidamente. El testamento de Egon Mackenson era breve y conciso. Dejaba toda su fortuna a su viuda, si llegaba a casarse con Irma Brackett, y en otro caso, dicha fortuna pasaría a las instituciones benéficas que sus administradores, construidos en albaceas, tuviesen a bien designar. Los albaceas percibirían una suma adecuada a su trabajo, que sería extraída de las rentas del capital, y a sus hermanos Egon y Dina les dejaba diez mil dólares a cada uno. Había también algunas mandas a algunos de sus fieles colaboradores, pero el conjunto de los legados no alcanzaba, en total, a los cuarenta mil dólares. El resto era para Irma.

—Es usted una mujer rica, señora Mackenson —manifestó el socio de Farralon.

Irma mantuvo el rostro impasible.

—Deseo que, en lo sucesivo, sea el señor Prye quién se encargue de administrar mi fortuna —manifestó.

—Lo siento —dijo el joven—. He asistido a la diligencia de lectura del testamento en calidad de consejero legal suyo, pero toda mi relación profesional con usted, quedará cortada a partir de mañana, una vez le haya presentado la minuta con los honorarios de mis servicios. Si no está contenta con los abogados de su difunto esposo, contrate a otro, pero que no se llame Sheldon Prye.

Irma se quedó sin saber qué responder. Pálida, aunque disimulando heroicamente la decepción que sentía, firmó los documentos que la ponían en posesión legal de la cuantiosa herencia.

Poco después abandonaron el despacho. En el corredor del edificio, Irma se volvió y le miró con ojos llameantes.

—Es usted un insigne idiota —dijo con violencia—. ¿No se lo han llamado alguna vez?

—Más de una, pero en todo caso, es ahora sólo cuando no me importa que me lo llamen.

El seno de la joven palpitó tempestuosamente.

—Tengo entendido que una mujer le dio ayer unas cuantas bofetadas, ¿no es cierto?

—Una bofetada y un puñetazo —respondió Prye con gran

cortesía.

Irma alzó la mano derecha.

—Ahí tiene —exclamó—. Para que no pueda decir que hoy no se pasa sin su ración de bofetadas.

Y le asestó una, tan fuerte, que las gafas oscuras volaron por los aires y se estrellaron contra el suelo, con la consiguiente rotura de cristales.

La joven dio media vuelta y se alejó hacia el ascensor, taconeando vivamente. Sheldon sonrió satisfecho un momento, pero luego la sonrisa se borró de su rostro.

Aquellos cuatro millones constituían un obstáculo que nunca podría salvar.

Irma se quedó de una pieza cuando le vio entrar en el saloncito de su casa, después de la cena.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó secamente.

—Todavía soy su abogado —contestó él—. ¿No me invita a una copa de buen coñac?

Irma se mordió los labios.

—Debería expulsarle —dijo.

—Y yo tendría que obedecerla, pero volvería enseguida a su casa.

—¿Por qué?

—El coñac, por favor.

—Está bien —Irma le sirvió la copa—. Me gustaría saber cuál es el juego que se trae usted entre manos, Sheldon.

Prye contempló el licor al trasluz. Pasó la copa por debajo de su nariz y luego tomó un sorbo.

—Exquisito —dijo apreciativamente—. Esta mañana quedamos en que soy su abogado hasta que haya percibido los honorarios, ¿no es así?

—Le firmaré un cheque en el acto —dijo ella impulsivamente—. ¿Cuánto?

—Oh, oh, hemos acordado que será mañana cuando le presente la minuta. Pero, mientras tanto, ¿por qué no nos sentamos y conversamos un rato?

Irma pareció irresoluta durante unos momentos. De pronto, se acercó al joven y le miró implorantemente.

—Sheldon, ¿por qué no…? Oh, ya sé que no es correcto, que no

está bien… que Egon murió hace pocas semanas…; pero me parece que estoy enamorada de usted. Si quiere… si quieres, esperaremos un tiempo prudencial y…

—Olvídelo —cortó él secamente—. Hay cuatro millones de dólares, los cuales forman una muralla de oro que nos separará para siempre. Si ese dinero hubiese sido suyo desde un principio, podría superar el inconveniente de casarme con una mujer rica; no es el primer caso y, cuando existe el verdadero amor, los detalles accesorios no cuentan. Pero es la forma de obtener el dinero lo que no me agrada, aunque me doy cuenta de sus años de miseria y humillaciones y comprendo sus lógicas ansias por evadirse de aquella clase de existencia. Sin embargo, también es cierto que podía haberse conformado con la suma que le dieron por su campo de algodón y haber buscado otra forma de vida más modesta, sin tantas ambiciones. ¿Me ha comprendido usted?

La sombra del abatimiento cubrió el rostro de Irma.

—Perfectamente —dijo en tono envarado—. ¿Sólo vino aquí para decirme esas cosas?

Prye despachó el resto de la copa.

—Por supuesto que no. Me había olvidado del motivo principal de mi visita. Como he dicho antes, soy su abogado todavía y mi deber es protegerla hasta que cesen mis servicios. Me quedaré toda la noche en su casa —dijo tranquilamente.

—Pero ¡qué frescura! ¿Es que piensa que voy a consentírselo?

—Sí, porque tengo la seguridad de que esta noche van a intentar asesinarla.

El rostro de Irma adquirió una blancura nívea.

—¿Qué… qué está diciendo?

—Lo que oye. La noticia del periódico es un cebo para que el asesino acuda aquí a suprimir un estorbo. Y ese estorbo se llama Irma Mackenson.

CAPÍTULO XV

La ventana del dormitorio estaba abierta de par en par. Un rayo de luna entraba por el hueco e incidía sobre el lecho, en el que se advertía el bulto de la durmiente.

Sonó un ruido sordo. Un objeto chocó contra la madera del antepecho.

A poco, una cabeza y unos hombros aparecieron en el hueco. Una figura humana saltó silenciosamente, sin hacer el menor ruido, al interior de la estancia.

El asesino se acercó al lecho. Vestía un chaquetón oscuro y unos pantalones negros. Hurgó en los bolsillos del chaquetón y sacó un objeto metálico, que centelleó siniestramente al recibir la luz de la luna. Luego, sin más pérdida de tiempo, se inclinó sobre la cama y asestó una puñalada a la durmiente.

Entonces se encendieron las luces bruscamente. Sorprendida a mitad de su tarea, Delia Havers se incorporó, mirando estupefacta en torno suyo. El puñal estaba todavía en su mano.

Robinson dio un paso hacia ella.

—Delia Havers, la detengo acusada de asesinato en las personas de Irving Latimer y de Clavius Mackenson, así como de intento de asesinato de la señora Irma Mackenson.

—La cual no es precisamente la que está bajo las sábanas, sino que la tengo aquí, a mi lado —dijo Sheldon, sonriente, asiendo a la joven por un brazo.

Delia miró a las tres personas con expresión acorralada y furiosa a la vez.

—No tiene salvación, Delia —añadió el abogado—, de modo que lo mejor será que confiese todo. Tenemos pruebas suficientes, así que más vale que tire el puñal y se entregue.

—No pueden demostrar que yo maté a los otros dos —dijo por fin la pelirroja.

—Bueno, eso ya lo veremos —terció Robinson.

—Usted mató a Latimer, Delia —habló Prye—. Jugaba a varios paños: quería la fortuna de Egon Mackenson, a través de James Bowrie. Pero también podía ocurrir, como ocurrió, que James no heredase un solo centavo de ese capital. No obstante, todos sus primeros esfuerzos tendieron a comprometer a la señora Mackenson.

»Por eso mató a Latimer, una víctima inocente. Era fácil creer que ella lo había hecho, para silenciar al posible testigo de un inexistente asesinato de su esposo. Pero cuando vio que el juez Monktown la ponía en libertad y su plan empezaba a fallar, decidió matar a Clavius, obligando a éste a llamar a Irma y disparándole apenas vio que llegaba el coche en el cual iba yo.

»Usted se disfrazó de hombre en ambas ocasiones, como ahora. Pero cuando asesinó a Clavius llevaba, además, sus pies metidos en los zapatos de James Bowrie. No por comprometer directamente a éste, sino porque pensó que Irma sería acusada del crimen y usted necesitaba unos zapatos masculinos. ¿Qué mejor modo de obtenerlos que tomando los de su prometido? Los de Dorego no le servían; resultaban demasiado pequeños, ya que usted usaba unos zapatos de tacón plano, los cuales metió dentro de los de James, con lo que éstos no podían escapársele de los pies al correr.

»A Dorego también le interesaba que la señora Mackenson resultase comprometida. Es fácil comprender tal interés, conociendo las relaciones que existen entre ambos. De haber prosperado las trampas contra Irma, el dinero de Egon Mackenson hubiera pasado a los dos hermanos primero y luego, sólo a Dina Bowrie, quien no hubiera tardado mucho en pasar a mejor vida, a fin de que todo el capital pasara a manos de James, al que usted hacía jugar continuamente, para comprometerle con los pagarés que firmaba. En el peor de los casos, usted le dejaría plantado por Dorego, quien acabaría quedándose como único dueño de “La casita”.

»Fue un plan inteligentemente tramado, apenas ocurrió el inesperado fallecimiento de Egon Mackenson y sus hermanos empezaron a ventear la posibilidad de disputar la herencia a la viuda. ¿Por qué no agarrar ustedes un buen pellizco de la misma, si no toda? Lo malo para usted, Delia Havers, antigua gimnasta y equilibrista en un circo, en el que también realizaba números de

fuerza, es que Dorego la azuzó a perpetrar estos crímenes. Astutamente quedaba en la sombra, mientras usted lo hacía todo por él. La pena que pueda aplicarle un tribunal, será relativamente ínfima comparada con la que sufrirá usted por esas dos muertes cometidas, Delia Havers.

El rostro de la pelirroja estaba lívido. Sabía que no podía refutar ninguna de las acusaciones del abogado.

Sheldon añadió:

—Por eso monté la trampa de la falsa noticia. Usted no podría soportar que James se casara con Irma y disfrutara de los cuatro millones de Mackenson. Pero ignora el testamento del difunto y no sabe, por tanto, que si falleciese Irma, todo el dinero, menos unos pocos miles de dólares, pasaría a unas instituciones benéficas. Por consiguiente, ni aun matándola a ella, hubiese conseguido esa fortuna por la que tanto ha luchado y por la que, estérilmente, ha perpetrado dos asesinatos y se disponía a cometer el tercero.

»En cierta ocasión me pegó un golpe con un gran bolso. En él iban los zapatos de James, que luego le comprometerían, aun sin usted desearlo. Anteayer me pegó por dos veces con gran violencia. La señora Mackenson, inconscientemente, sugirió que si era una mujer forzuda la que me había golpeado. Esto fue la clave para que adivinara que sólo usted podía trepar y descender con tanta habilidad por una cuerda sujeta al extremo de un gancho forrado de goma, recuerdo de sus tiempos circenses. De no haber ido yo con la señora Mackenson cuando usted le tendió la trampa en casa de Clavius, ¿quién la hubiese creído al declarar que había visto huir a un hombre recién llegada a la casa, con el cadáver de Clavius todavía sangrante? Tal vez las huellas hubieran servido de algo, pero el asesinato le habría sido achacado a ella y esta vez no hubiese tenido salvación.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Robinson dijo:

—Deje caer el cuchillo, señorita Havers.

Abajo se oyeron gritos y carreras. Robinson se volvió.

La, puerta se abrió bruscamente. Dorego penetró en la estancia.

—¡Delia! ¡Estúpida! ¿No ves que todo ha sido una trampa? ¡James está preso todavía y…!

El cuchillo estaba en el suelo. Delia sonrió extrañamente.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido a advertirme, querido!

—Miró al policía—. ¿Puedo despedirme de él?

Robinson vaciló.

—Fern, amor, dame un abrazo. El último —pidió la pelirroja.

Dorego vaciló. Delia le pasó el brazo izquierdo por el cuello.

Sheldon intuyó algo oscuro.

—¡Cuidado! —gritó.

Era ya tarde. Sonaron dos disparos.

Dorego retrocedió, con el rostro horriblemente pálido, llevándose ambas manos al vientre. Irma volvió la cara, aterrorizada por lo que estaba viendo.

El rufián emitió un agudo gemido. De pronto, cayó de rodillas al suelo y apoyó la frente en la madera del pavimento. Se estremeció un poco y se ladeó lentamente, quedando por fin inmóvil en el mismo sitio.

Con espantosa sangre fría, Delia apagó el fuego que los disparos habían producido en el bolsillo de su chaquetón. Robinson la apuntaba precavidamente con su revólver, en tanto que Sheldon protegía a Irma con su propio cuerpo.

Delia sonreía extrañamente.

—Ya le dije que era el último abrazo. —Sacó el revólver y lo dejó caer junto al inanimado cuerpo de Dorego—. Sí, él fue quien me empujó a cometer todos estos hechos. Pero ya que a mí me van a ejecutar, hubiera sido injusto que él quedase libre de castigo.

Sus ojos brillaron, mientras extendía los brazos hacia el policía.

—Las esposas, teniente —pidió con singular serenidad.

Cuando Sheldon llegó a la mañana siguiente a su oficina, se encontró con un cuadro singular.

Molly Flynn había regresado inesperadamente. Estaba llorando a lágrima viva, mientras Mary, la otra empleada, trataba de consolarla. Apoyado en un rincón, con cara hosca, Jack Neare contemplaba la escena, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? —preguntó el joven.

—Nada —gruñó el agente—. Que Molly y yo nos casamos con un juez que era un sinvergüenza.

—No entiendo —dijo Prye, desconcertado.

—Sencillamente, Horacio Palmer no tenía licencia y era tan juez de paz como yo lama del Tíbet. Por tanto, la boda que celebramos Molly y yo resulta nula y tendremos que casarnos de nuevo. Palmer

ha sido detenido y…

En aquel momento, antes de que Sheldon pudiese digerir la noticia, llegó Irma. La joven se extrañó de ver semejante cuadro, pero Sheldon se la llevó inmediatamente a su despacho.

—Vengo a abonarle sus honorarios —dijo Irma serenamente.

—Muy bien —Sheldon juntó las yemas de los dedos—. ¿A cuánto asciende su cuenta particular? La de soltera, claro.

Irma se sorprendió. Sacó un talonario de cheques de su bolso y lo consultó unos momentos.

—Doce mil quinientos treinta y siete dólares con nueve centavos —respondió.

—Perfectamente. Extienda un cheque por la suma mencionada. Ésos son mis honorarios.

Irma le miró un momento y luego acabó haciendo lo que él le decía. Firmó, arrancó el cheque y se lo entregó.

Sheldon comprobó la cifra. Dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—Magnífico —dijo sonriendo—. Ahora cuidaré yo de la administración de ese dinero, como buen esposo de una chica ambiciosa, pero muy bonita, y más buena en el fondo de lo que ella misma supone.

Irma se puso pálida.

—¡Sheldon!… ¿Qué estás diciendo? Pero si te negaste…

—Me negué a administrar la fortuna de Egon Mackenson y no he variado de modo de pensar. También me negué a casarme con una mujer rica y sigo opinando lo mismo. Por eso digo que administraré, como esposo tuyo, los doce mil quinientos treinta y siete dólares con nueve centavos, que es a cuánto asciende, en este momento, todo tu capital.

—No bromees, Sheldon —dijo ella, muy pálida, poniéndose en pie.

Prye rodeó la mesa.

—Os casó el juez Palmer, ¿no es cierto?

—Sí —contestó ella.

—Ha resultado ser un vulgar estafador. Todos los matrimonios celebrados por él son ilegales y quienes se casaron bajo su potestad, tendrán que celebrar una nueva ceremonia. Pero como Egon Mackenson murió es obvio que tú no puedes volver a casarte con él

¿comprendes?

Irma se dejó caer de nuevo sobre el sillón. Las piernas se negaban a sostenerla.

—¿Quieres… decir… —balbució—, que… que…? —No podía hablar.

Sheldon movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. No eres la viuda de Egon Mackenson y, por tanto, no heredas absolutamente nada. Tu único capital consiste en el cheque que acabas de firmar… y en mi cariño. Es decir, si aún, sigues pensando en mí como futuro esposo o sólo querías un adorno para los cuatro millones que ya considerabas tuyos.

Irma emitió una sonrisa desmayada.

—No sé qué pensar, Sheldon —dijo. Hizo un esfuerzo y se puso en pie, bajando la cabeza, avergonzada y confundida—. Esto es lo que vulgarmente se llama justicia poética, ¿no?

—Así es —convino Prye. Esperaba la reacción de la joven.

Irma levantó los ojos. Sonreía abiertamente ya.

—Bueno, ha sido un golpe… pero no creo que, en medio de todo, yo misma, a veces, me reprochaba mi forma de actuar. Lo importante ahora es… ¿me quieres, Sheldon?

—Depende de lo que contestes, Irma. ¿Qué deseas: un marido o un adorno?

—¡Un marido! —gritó ella, abrazándosele gozosamente.

FIN



REUNION DE TRAIDORES

por

BURTON HARE

Afirmé los pies en el suelo, levanté el brazo derecho despacio, sin separar el codo del cuerpo. Apenas ni notaba el peso del «38» en la mano. A unos veinticinco metros de distancia, las dos oscuras siluetas se movían lentamente, desplazándose a un lado.

Junto a mí, el teniente Silk se inclinó hacia adelante, medio agazapado, y abrió fuego con su «45» de reglamento. Las detonaciones en aquella especie de galería alargada resonaron como cañonazos.

Tiré del disparador al mismo tiempo que contenía el aliento. El concierto de los dos revólveres martirizó mis tímpanos al tiempo que los disparos se sucedían uno detrás de otro. Vi las dos figuras acusar los repetidos impactos mientras todos los nervios tensos de mi cuerpo semejaban haberse paralizado, concentrados en mantener la mano firme.

Hasta que el percutor cayó sobre un cartucho vacío. Entonces me di cuenta que Silk había dejado de disparar y me miraba con el ceño fruncido, el brazo derecho caído a lo largo del cuerpo y el revólver apuntando al suelo.


EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain